



## LA CUESTION DE ORIENTE

BAJO EL PUNTO DE VISTA DE LA ETNOGRAFIA.

### LAS POBLACIONES DE LA TURQUÍA EUROPEA.

La Turquía se compone de un gran número de nacionalidades. Los pueblos cristianos, procedentes de diversos troncos, viven mezclados con los pueblos musulmanes. Las razas asiáticas chocan contra las razas europeas; á primera vista el imperio turco parece una casaca de arlequin, formada de piezas de diferentes clases y colores y mal unidas. Fundirlas parece una obra imposible. Algunos escritores se han dejado impresionar por esta ausencia aparente de cohesión, por estas divisiones etnográficas, y no han observado cuál es el punto de contacto que liga sólidamente entre sí á todas esas poblaciones.

Es, sin embargo, bien fácil de reconocer que griegos, servas, montenegrinos, búlgaros y rumanos pertenecen al mismo campo, cualquiera que sea su origen, y que los turcos están aislados, acantonados dentro de otros cantones; es fácil de observar que doce millones de cristianos amigos del progreso, inspirados por el sentimiento de su derecho, desean de comun acuerdo no sufrir más el despotismo ciego de dos millones de turcos. Gracias á Dios, el tiempo va haciendo su obra; ya no estamos en aquella bienaventurada época en que los gobernantes disponían á su antojo de los gobernados. Si los doce millones de cristianos de la Turquía europea fuesen consultados, no responderían ciertamente que quieren el gobierno del Sultan, que respetan á sus bajás y que se prosternan á sus piés persuadidos de que es imposible encontrar ámos más ilustrados y más amigos del progreso; no, no dirían nada de eso, ni mucho ménos; probablemente no se encontrarían ni *cien* personas, exceptuando los turcos, que votaran por el gobierno del Sultan.

En ciertas ocasiones, y con referencia á ciertos pueblos, no se debe mirar al través de los lentes frecuentemente turbios y engañosos de la diplomacia, sino interrogando al buen sentido. La solución del problema será muy sencilla. Hay, por una parte, nacionalidades jóvenes, animadas de un levantado espíritu de independencia; por otra, una cosa que parece un cadáver guardado por algunos

millares de genizaros ignorantes y fanáticos. Por una de esas monstruosidades á que nos ha acostumbrado desgraciadamente el mal llamado equilibrio europeo, sólo se ha tratado hasta ahora de galvanizar el cadáver y de hacer morir á los que no piden más que vida y aire y luz; esto es, en verdad, un sarcasmo que se prolonga demasiado. Déjese obrar libremente á las poblaciones de Turquía, están en su derecho; ellas sabrán desembarazarse del fardo que les pesa, y no irán á arrojarse neciamente, como algunos suponen, en brazos de otras potencias que constituirían nuevos peligros.

Examinemos con imparcialidad la curiosa etnografía de la Turquía; las conclusiones saldrán por sí mismas. Empecemos por los números, argumentos elocuentes, que nos presenta el cuadro de la población:

Turcos.....	2.000.000
Slavos (comprendiendo los servas, los búlgaros, los bosniacos, los croatas, los montenegrinos, etc.).....	6.000.000
Griegos.....	2.000.000
Rumanos.....	4.000.000
Albaneses.....	1.500.000
Zíngaros, armenios, judíos, tsíganos, etc.....	1.000.000
<b>TOTAL.....</b>	<b>16.500.000</b>

Por religiones se dividen así estas diferentes nacionalidades:

Musulmanes.....	4.000.000
Cristianos griegos.....	11.425.000
Católicos.....	300.000
Armenios.....	400.000
Judíos.....	200.000
Idólatras (tsíganos).....	175.000
<b>TOTAL.....</b>	<b>16.500.000</b>

Pasemos revista á todos estos elementos. Los turcos, salidos de las mesetas de Tartaria al centro de Asia, no se unen á la raza blanca sino por las mujeres; evidentemente, reuniendo en sus harenes bellas circasianas y admirables georgianas, es como han trasformado su tipo primitivo, completamente mongólico. Tomaron el nombre de Tur, que

significa eminente, y se llamaron también otomanos, en honor de Ohtman, que fué uno de sus héroes en el siglo XIII.

Después de su instalación en el suelo europeo, su número no ha aumentado ni disminuido. Este es un hecho extraño, quizá único en la historia de las naciones. Chateaubriand tenía razón; los turcos están *acampados* en Europa; nunca han llegado á implantarse.

Forman como islotes en medio de nacionalidades cristianas; en ninguna parte ofrecen grupos compactos; parecen arrojados y dispersos sobre nuestro continente como restos extranjeros; su verdadera patria ha continuado siendo el Asia; si franquean el Bósforo, ya no están en una atmósfera viable. Dueños del suelo, parecen, sin embargo, como cernidos, sofocados por el verdadero pueblo, por las razas greco-latinas y slavas.

Aunque los musulmanes entraran más en la vida europea, nunca podrían plegarse á la civilización; el Corán les obliga á la ignorancia. El *Journal des Débats* se equivoca cuando supone que pueden prosperar las poblaciones bajo la tutela de los turcos. Una nación que desde hace cuatrocientos años no ha dado un paso sensible en un progreso cualquiera, está suficientemente juzgada. Hasta muchos turcos desesperan de su mejora.

De los opresores pasemos á los oprimidos, esos amos del porvenir, ya dueños de sí mismos moralmente hoy por aspiraciones generosas y nobles arranques. Veamos quiénes son esos párias tratados como rebaños, que á pesar de todo poseen hace mucho tiempo la supremacía intelectual. Hablamos de los griegos.

El mapa etnográfico del sabio Guillermo Lejean demuestra, mejor que pudiera hacerlo una larga descripción, la situación de los helenos: están agrupados en todo el litoral desde el mar Negro hasta la Morea; viven al lado de los musulmanes, que nunca han sido bastante poderosos para asimilárseles; la lucha no ha herido á los griegos, que sin cesar han sostenido su culto; gracias á esto quizá, sobreviven á las ruinas de su imperio. Conocidos son sus caracteres distintivos: inteligentes, activos, sobrios, económicos, hábiles, frecuentemente astutos, pero apasionados por la independencia, hé aquí á los griegos. Parece que se encuentra en ellos la savia de aquel gran pueblo que fué el instructor de Europa.

Penetrando en el corazón de la Turquía, se encuentra á los búlgaros, que se extienden en toda la región del Balkan y forman una de las mejores nacionalidades del imperio: se dedican con preferencia á la agricultura, y piensan ordinariamente en la paz más que en la guerra; son laboriosos, pacientes, de temperamento vigoroso, de extremada sobriedad. Se contentan con un pedazo de pan y una

botella de rakí; su carácter frío no excluye el patriotismo, y cuando llegue el momento serán tan perseverantes en la acción como los bretones. La hospitalidad entre ellos es tradicional; en el recibimiento que hacen á los extranjeros se muestran entusiastas y poéticos; cuando pasan viajeros arrojan á sus piés puñados de trigo como para decirles: «Venid á nosotros; os ofrecemos el pan.»

Los servas y los montenegrinos, que inspiran completa confianza á los partidarios de la libertad de la península turco-helénica, están agrupados al Noroeste en una comarca montañosa, y desde allí se preparan á descender al Mediodía. Presentan un todo compacto muy homogéneo. Lo que principalmente constituye su poder son sus virtudes patriarcales, su amor á la independencia. Exáminese con atención el mapa: los osmanlis no han podido formar entre los servas y montenegrinos más que un cantón aislado en las cercanías de Zvornik. En resúmen, es una raza fuerte, enérgica, tenaz, guerrera, que vive del odio contra los turcos. Tienen el orgullo inconsciente de todas las razas no mezcladas, pero hacen de ello gran ostentación. Un viajero preguntaba á un serva cuáles eran los nobles de la nación. «Los somos todos,» contestó.

Los montenegrinos, cristianos como los servas, han pasado por tener instintos salvajes; más justo sería decir que sus costumbres son puras y su fe política ardiente; figuran en la vanguardia de las nacionalidades, y serán los campeones fieles del único principio que puede producir la reconstitución de aquella desgraciada comarca. Aislados en sus montañas como en una fortaleza, los montenegrinos velan sin cesar y están siempre dispuestos á combatir. No podemos disimular nuestras simpatías por esta animosa nación que ¡cosa rara! jamás ha sabido doblar su cabeza. Son pocos; su número total no pasa de 200.000, pero su ejército no es menor; á los primeros gritos de guerra, ancianos, niños, mujeres, todos toman la espada y el mosquete para defender la Montaña-Negra. El príncipe Nicolás, digno sucesor de Danielo, comprende la gran misión que le está reservada, y continuará un día ú otro la gran cruzada en que su pueblo está empeñado en el seno de Europa hace cuatro siglos.

Al Sur del Tsernágora viven los albaneses, en número de 1.500.000, adorando la guerra, ménos quizá por amor á la gloria que por una inclinación innata al pillaje; raza de *músculos y de corazón de hierro*, implacable en la venganza, y experta como la que más en el manejo de la carabina y de la espada: los albaneses están organizados en tribus. Los bosniacos están sometidos á la Puerta; en cuanto á los montañeses católicos del Norte, no reconocen otro gobierno que el suyo; tienen un *vekil* (representante) cerca del bajá de Sculari

Dejemos ahora estas nacionalidades indómitas, más conducidas por el instinto que por la reflexión; franqueemos el Danubio y saludemos á los rumanos ó moldo-válacos. Este pueblo, hoy bien constituido, descende de los Dacios sometidos por Trajano y latinizados por numerosas colonias. Este origen semi latino se revela en la fisonomía, en el lenguaje, en las costumbres, y hasta, podría decirse, en los defectos de los rumanos. Muy preocupados de la opinion del resto de Europa, los habitantes de los Principados adoptan fácilmente nuestra civilizacion y nuestras ideas. Son copistas de Francia, y cuando algun frances va á Bukharest le reciben como en una colonia de la patria. No puede dudarse que esta nacion, ansiosa de mezclarse en la corriente europea, está destinada á ocupar un lugar muy importante.

Antes de terminar este ligero bosquejo de la etnografía del imperio turco, señalemos una pequeña nacionalidad de pastores y comerciantes, los zingaros, que habitan una porcion de la Albania inferior, algunos cantones de la Thesalia, de la Macedonia occidental y de la Grecia. Se les puede clasificar como restos de la raza latina; ellos se llaman á sí mismos *rummum*, y los griegos les llaman *Válacos* *cojos* ó *Válacos* *negros*.

El imperio tiene tambien turcomanos, tribus de pastores que viven en el Rhodopo; magyares, agrupados especialmente en Moldavia y bastante numerosos entre los Carpathos y el rio Sereth; judíos extendidos por todas partes, pero especialmente en los Principados; árabes, armenios, tsiganos, etc. Estos últimos, originarios probablemente de la India, han prosperado allí mejor que en todas partes: son unos 100.000.

¿Qué juicio debe formarse sobre el conjunto de estas nacionalidades? Reconocemos entre ellas oposiciones violentas, pero no podemos dejar de ver el lazo estrecho que las une y que forma de esas diversas ramas un haz inquebrantable. El mismo pensamiento, el de la independencia, circula en más de doce millones de almas.

RICARDO CORTAMBERT.

## EL RADIÓMETRO.

Aunque el presente siglo no tiene la gloria de haber encontrado el movimiento de rotacion de la Tierra, es innegable que es el primero en que, por medio del maravilloso péndulo de Foucault, se ha visto girar la Tierra bajo nuestros piés y con nosotros mismos alrededor del eje polar. Tampoco ha sido en este siglo cuando se ha concebido á la luz como mero movimiento vibratorio de las moléculas

etéreas, y aunque ya se había llegado á medir la velocidad y fijar la direccion de las vibraciones, señalando la suya para cada color y mudando las unas en las otras, faltaba todavía *ver* la pulsacion luminosa con otros ojos que los de la inteligencia, y esto se ha conseguido con un sencillo aparato que está llamando la atencion de los sabios de todas las naciones. M. Crookes, fisico inglés, ya de ántes conocido, y cuyo nombre suena ahora diariamente en todas las sociedades científicas, á vueltas de repetidos ensayos y perseverantes investigaciones, tuvo la singular ocurrencia de anunciar que iba á *pesar una barra de luz*. Con esta frase original, más propia de la enérgica elasticidad de la lengua inglesa que de la reposada severidad de la nuestra, se quería decir que podía compararse la accion mecánica de la luz con la de un peso, del mismo modo que se miden las intensidades y los efectos de todas las fuerzas.

El instrumento inventado por el profesor Crookes se reduce á un volante de cuatro paletas muy ligeras, brillantes por una cara y ennegrecidas por otra, montado horizontalmente en la punta de un eje, y encerrado en un globo de cristal en que se ha hecho el vacío. En cuanto un tenue rayo de luz difusa penetra en el *radiómetro* ó *radioscopio* (que de ambas maneras ha sido bautizado), las paletas se ponen lentamente en movimiento, girando en el sentido de las caras claras á las oscuras, cuyo movimiento se toma como directo, y como retrógado el opuesto. Si se aproxima una bugía, luégo una lámpara, y por fin la luz directa del sol, la velocidad se acelera y el volante llega á dar muchas vueltas por segundo, quedando pronto en reposo si se intercepta toda claridad. Pero estos resultados no son privilegio exclusivo de la luz que vemos: hay luz que no vemos, bien sea porque no pueda ser vista, bien porque nuestros órganos sean para ello insuficientes. Si con un cristal tallado se descompone un rayo del sol, aparecen inmediatamente los siete colores del arco iris, formando una faja que se llama *espectro*; pero fuera de él y por el lado de la banda roja, se deja sentir con más fuerza que en el medio el calor, que para nosotros es *calor oscuro*, y un termómetro delicado señala allí elevacion de temperatura muy sensible, demostrando que algo del rayo del sol se ha desviado hácia aquella parte, sin que veamos cómo. Del mismo modo, la accion química de la luz que ha dado origen al arte de la fotografía, se nota con gran intensidad más allá de la faja violada. Pues ensayados estos rayos invisibles en las paletas del instrumento, las hacen girar lo mismo que los otros, aunque con varia intensidad, y como los fisicos llaman *radiaciones* á estas diversas especies ó formas de la luz descompuesta, el autor ha llamado *radiómetro* á su aparato.

El descubrimiento ha dado margen á críticas y contradicciones sin número. Varios físicos importantes, y entre ellos Grove, pretenden que el calor es el único agente de la rotacion, y que una luz fria, como la de la luna, no produce ningun efecto. Otros van más allá, y creen que el calor obra indirectamente, calentando los sutilísimos gases que han quedado en el globo y los vapores de las sustancias que componen las paletas, los cuales chocando con mayor velocidad, en su constante movimiento molecular, contra la cara que recibe la radiacion que contra la opuesta, determinan un desequilibrio proporcionado á la mayor temperatura. No ha faltado quien con estos fenómenos haya querido hacer revivir la antigua teoría de la emision, figurando cierta impenetrabilidad entre el rayo de luz y la paleta. Mas un experimento realizado hace muy poco por el célebre constructor de instrumentos Salleron, é indicado por Ledieu, parece destruir todas las objeciones. Cubriendo el aparato por todos lados, y con sólo una abertura circular por encima, se hace entrar en él la luz solar reflejada por un espejo en direccion vertical. En este caso, toda la masa gaseosa que pueda haber dentro se calienta por igual, y los rayos no pueden producir empuje ninguno en su propia direccion, pues caen paralelos á las caras de las paletas; pero si es la vibracion luminosa la causa del movimiento, como es transversal, se verificará en sentido perpendicular á las caras, y producirá el mayor efecto, comprobando la teoría de las ondulaciones, cuya suma se verá en el radiómetro. Esto es precisamente lo que ha sucedido, y otros experimentos que se preparan con la luz polarizada acabarán de aclarar la cuestion.

Convencidos otros, á su pesar, por la evidencia de los resultados, toman por otro camino, y rebajan su importancia alegando que la cosa no es nueva. Tampoco es nuevo el procedimiento, porque no hay adelanto ni descubrimiento del que no se empiece diciendo que es falso, concluyendo despues por decir que es viejo. Que el asunto tiene antecedentes, y de larga fecha, ántes que nadie lo declaró el mismo Crookes en sus primeras Memorias. La fuerza repulsiva con que el calor dilata los cuerpos, apartando unas de otras las moléculas, es ya nocion elemental y conocida del vulgo; que el trabajo producido por esa repulsion se puede almacenar y convertir en trabajo industrial, bien claro lo están diciendo las máquinas de vapor; pero lo que no se había visto ni hecho es que la vibracion del éter produjera directamente una impulsión total ó de conjunto en un cuerpo sólido, que comunicara su movimiento á una paleta como el aire ó el agua á las aspas ó á los álabes de un molino; que sin el intermedio de un trabajo interior azotase de costado una superficie plana y la hiciera marchar. Especu-

lativamente, ya se había imaginado que esto pudiera suceder de alguna manera; M. Faye explicó así la formacion de las colas de los cometas, y precisamente en ello tomó pié M. Crookes para emprender los primeros ensayos sobre la accion del calor en la gravedad de los cuerpos sólidos; pero la sencillez, la exactitud, la limpieza, en fin, de los fenómenos radiométricos no se había observado ni sospechado hasta ahora.

Todavía queda mucho que andar en esta materia, porque si en lugar de estar el globo vacío está lleno de aire, se producen movimientos inversos; la figura y la materia del mismo globo ocasiona multiplicadas reflexiones del calor y de la luz que impiden estudiar aisladamente circunstancias diversas, y hasta las materias empleadas perturban con su descomposicion química la regularidad del aparato. Pero nada de esto disminuye su importancia, y el calor con que se discute su teoría imprimirá en la ciencia más maravilloso movimiento que el calor del sol en las alas de su molinete.

EDUARDO SAAVEDRA.

### MR. MASSON REDIVIVO.

AL SEÑOR D. GUMERSINDO LAVERDE RUIZ

CATEDRÁTICO DE LITERATURA

EN LA UNIVERSIDAD DE VALLADOLID, ETC.

Mi muy querido amigo y paisano: Parece que algun revoltoso duende anda empeñado en hacerme prolongar esta correspondencia. No será para mal, puesto que Dios se lo consiente. Hé aquí que cuando pensaba continuar hablando con todo reposo acerca de los medios de facilitar á la generacion actual el conocimiento de nuestra ciencia antigua, se me atraviesa el ingenioso y agudo crítico D. Manuel de la Revilla, que en el último número de la *Revista Contemporánea* nos larga tremenda filípica, llamando *mito* á la filosofía española, y *soñadores* á los que en ella nos ocupamos, citándonos á usted y á mí (aunque indigno) *nominatim*, y honrándonos con un calificativo que por mi parte no acepto, aunque se lo agradezca de veras. Justo parece que, á modo de paréntesis, nos hagamos cargo de las afirmaciones de este caballero, eco póstumo de aquel Mr. Masson de la *Enciclopedia* tan briosamente criticado un siglo há por el abate Denina y por Forner, ya que no duda en lanzarlas al mundo, suscritas con su nombre y apellido. Y comenzaré por advertir que ninguna extrañeza me ha causado el verlas en letras de molde en la *Revista* citada, pues parece que esta publicacion profesa odio mortal

á todo lo que tenga sabor de españolismo, y yo, por mi parte, juro que desde que apareció por estas playas, ando buscando en ella á moco de candil algun artículo, párrafo ó línea castellanos por el pensamiento ó por la frase, y muy pocas veces he logrado la dicha de encontrarlos. Como no sé el alemán, ni he estudiado en Heidelberg, ni oído á Kuno Fischer, no me explico la razon de que en una revista escrita (al parecer) en español y para españoles, sea extranjero todo, los artículos doctrinales, las novelas, las poesias y hasta los anuncios de la cubierta. Dios nos tenga de su mano. Si esto sigue así algunos años, ¿qué será de los desdichados que jamás entramos en el *Sancta Sanctorum* del *Deutschen*, y que en vez de leer á Hartmann y á Schopenhauer y á otros pensadores y filósofos eximios, cuyos nombres acaban en *of* y en *graf*, como los de los héroes de *El Gran Cerco de Viena*, gastamos el tiempo y la paciencia en los añejos y trasnochados libros de esos pobres españoles de las tres centurias antecedentes, que vivieron bajo el triple yugo de todos los despotismos, de todas las intolerancias, de todas las supersticiones? Afortunadamente, los redactores de la *Revista Contemporánea* no paran mientes en esa grey servil, *aherrojada por el despotismo y la Inquisicion*, y siguen impertérritos su camino. Con ellos me entierren, que son *inteligencias abiertas á todo viento de doctrina* y libres de *preocupaciones históricas*. ¿Qué extraño que menosprecien la filosofía española?

Cosas más raras estamos viendo cada dia. Parecía que ya era tiempo de que callase esa literatura progresista de perversa ralea, cuyas inocentadas han sido la delicia de tres generaciones. Pues hé aquí que el eminente lírico Sr. Nuñez de Arce (nombre caro á nuestras musas), al tomar asiento en la Academia Española, se acuerda de haber sido periódista y diputado *constituyente*, y gobernador de Barcelona despues del movimiento setembrino, y con mengua de su buen juicio y talento poderoso (¡debilidades humanas!) nos regala un trocito de poesía *doceañista*, capaz de hacer llorar á las piedras. El Sr. Nuñez de Arce es de los que para todo encuentran una explicacion: la *intolerancia*. ¡Felices ellos que así poseen la clave de nuestra historia!

El vulgo de los mortales nos devanamos el seso para comprender cómo esa *intolerancia* puede producir efectos contradictorios. Unos dicen que las letras españolas florecieron gracias á la *intolerancia*, pero que ésta mató toda actividad *científica*; otros afirman que la susodicha *intolerancia* echó á perder ciencia y arte y costumbres, todo en una pieza. De estos es el Sr. Nuñez de Arce. Al leer su discurso me parecía tener á la vista el estudio crítico que antepuso el abate Marchena á sus *Leccio-*

*nes de Filosofía Moral y Elocuencia*, ó algun otro de los alegatos que por el tiempo de este aparecieron en defensa de la imbecilidad y estupidez de nuestra raza. El nuevo académico está, por lo visto, en tales cuestiones á la altura de los críticos del año de gracia 1820. No le envidio la triste gloria de sustentar causa tan antipatriótica y atrasada. El Sr. Nuñez de Arce, que como poeta tiene no pocas semejanzas con el gran Quintana, hasta en lo declamador á veces, se le parece mucho más en ideas religiosas y políticas: uno y otro se hacen insoportables cuando se acuerdan de que pertenecen á la incorregible y reacia estirpe *liberalesca* de comienzos del siglo presente.

Pero dejemos el discurso del nuevo académico, ya que con tanta brillantez le trituró su compañero el Sr. Valera (pocas veces se pudo decir con tanta exactitud como ahora: *Paz á los muertos*), y digamos algo del artículo de Revilla, al cual dió principal asunto la solemnidad literaria en que fué leído aquel sangriento ataque á nuestra cultura. El crítico exkrausista se entusiasma con él y bate palmas de gozo al hallarse con una nueva catilinaria contra la Inquisicion y la gente de sotana. A otro le causaría empalago tan enfadosa repetición de lugares comunes; al Sr. Revilla nó: en este punto es insaciable: trivialidades, contradicciones, absurdos, todo sirve para su propósito. Examinemos punto por punto los párrafos que dedica á esta materia, y no espere usted, amigo mio, descubrir una idea, ni una noticia nueva; será la peroracion eterna con algunas variantes, no siempre atinadas.

Ante todo, ha de advertirse que el Sr. Revilla no conviene en absoluto con las ideas del autor de los *Gritos del Combate*, y hace algunas salvedades respecto á la literatura, aunque ninguna en punto á la ciencia. Vea usted cómo se explica en cuanto al segundo de estos dos ramos de la cultura patria: «A despecho de los que se obstinan en descubrir en aquella época un supuesto florecimiento de la ciencia española, *es lo cierto* que en este punto *caimos* bien pronto *en lamentable atraso*.» Contradiccion lastimosa en el pensamiento y en la frase. Si *caimos en atraso*, sería porque hasta entónces estábamos adelantados; sería porque ántes floreciera la ciencia en nuestro suelo, pues mal se puede decir que decae lo que primero no ha existido; no se *queda atrasado* el que no se pone en camino. Ahora quisiera yo que el Sr. Revilla fijase las épocas de florecimiento y de decadencia en nuestra actividad científica, no con vagas afirmaciones de *es cierto* y *es indudable*, sino con ejemplos al canto, como discuten los miseros mortales que no han penetrado los arcanos de las novísimas filosofías. Yo le aseguro que el determinar estos limites es más difícil de lo que parece. En general, el siglo XVII puede esti-

marse como de atraso científico respecto al XVI; pero, aún en este punto, cabe establecer sus excepciones; la crítica histórica, por ejemplo, rayó mucho más alto en el reinado de Carlos II que en el de Carlos I el Emperador. ¿Sabe el Sr. Revilla que en materias de erudición conviene proceder con no poco tiento? El ingenio y la agudeza y el desembarazo sirven de mucho; pero en cuestiones de *hecho*, los *hechos deciden*.

Y añade nuestro crítico: «Regístrense los nombres de todos los físicos, matemáticos y naturalistas que entónces produjimos, y ninguno se hallará que compita con los de Copérnico y Galileo, Newton y Kepler, Pascal y Descartes.»

Al Sr. Revilla se debe el asombroso descubrimiento de que todo geómetra, físico y astrónomo que no llegue á la altura de los citados, es un pigmeo indigno de memoria. ¿Ignora el arrojado crítico que esos genios poderosos aparecen muy de tarde en tarde para cumplir una *providencial* misión en la vida de las ciencias? ¿Ignora que no hay intolerancia que logre cortar su vuelo, ni libertad que baste á producirlos? Y si no, ¿dónde están los grandes astrónomos, físicos, matemáticos y naturalistas que ha dado España en este siglo; no ya de libertad y tolerancia, sino de anarquía y desconcierto? Y ¿qué es aquí la *intolerancia* más que una palabra vana, una verdadera *garrulería*, arma de partido, buena para los tiempos en que se quemaban conventos y se degollaba á los frailes, pero hoy desgastada y sin uso? ¿Qué influencia buena ni mala había de ejercer la *intolerancia religiosa* en ciencias que no se rozan con el dogma? No nació en España Copérnico, porque no quiso Dios que naciese, pero nació Diego de Stúñiga, que abrazó inmediatamente su sistema y le expuso con toda claridad sin que nadie le pudiese trabas. ¿Quiere decirme el Sr. Revilla en qué *índice expurgatorio* del siglo XVII, en cuál de esos *libros de proscripción del entendimiento humano*, como dijo el Sr. Nuñez de Arce, ha visto prohibidas las obras de Galileo, de Descartes y de Newton? Pue si á nadie se prohibía su lectura, ¿con qué derecho se afirma hoy que el Santo Oficio coartó la libertad científica? Luego si no tuvimos Galileos, Keplers, ni Newtones, por otra razón sería, y no por los rigores inquisitoriales.

En mi primera carta, que sin duda no leyó el señor Revilla, porque tan insignificante escrito no merecía solicitar su atención, apunté algo sobre el particular, y á lo dicho entónces me remito.

Y sigue hablando el Sr. Revilla:

«Por doloroso que sea confesarlo, si en la historia literaria de Europa suponemos mucho, en la historia científica *no somos nada*, y esa historia puede escribirse cumplidamente sin que en ella suenen otros nombres españoles que los de los heróicos

marinos que descubrieron las Américas y dieron por vez primera la vuelta al mundo. No tenemos un solo matemático, físico ni naturalista que merezca colocarse al lado de las grandes figuras de la ciencia.»

Punto y aparte. *Cargad aquí la consideración*, como decía aquel predicador portugués. El Sr. Revilla cree, por lo visto, que la historia de la ciencia se reduce á las biografías de seis, siete ú ocho hombres prodigiosos: ellos dieron la luz; en los intermedios completa oscuridad. Pero á cualquiera se le alcanza, sin ser filósofo ni crítico de la *Revista Contemporánea*, que una historia de la ciencia escrita de esa manera, ni sería *historia* ni sería *ciencia*, sino un libro muy ameno y entretenido *à l'usage des demoiselles*, como las *Vidas de los sabios* que publican Luis Figuier y otros franceses. Una historia seria no puede escribirse de este modo: ¿qué unidad ha de tener obra semejante? ¿cómo ha de escribirse una historia de la astronomía saltando de Copérnico á Galileo, y de Galileo á Kepler y Newton, y de Newton á Laplace? Concibo que se escriba una historia de la literatura dejando aparte las obras de los autores medianos, no obstante la importancia grandísima que suelen tener bajo el aspecto histórico y á pesar de las grandes bellezas que con frecuencia se hallan en los libros de escritores de segundo orden, merecedores de estudio y de aplauso, aunque no se llamen Homero, Dante, Shakspeare, Cervantes, Calderon ó Byron; comprendo, repito, que se escriba tal historia, aún á riesgo casi seguro de dejar sin explicación infinitos fenómenos literarios y sociales producidos en el mundo por poetas y prosistas oscuros, y hasta malos; pero en la historia de la ciencia, ¿cómo olvidar la infatigable labor de esos modestos cultivadores que han abierto y allanado el camino á los *genios* (según en voz poco castellana, aunque necesaria, decimos ahora) y que, si no han sido *grandes hombres*, han sido por lo ménos *hombres eminentemente útiles* para los progresos del entendimiento humano, lo cual vale en ocasiones tanto ó más que lo primero? En ciencias de observación y experimento como las naturales, ó de cálculo como las exactas, ¿no significan tanto como los descubridores de leyes y los forjadores de hipótesis, esas generaciones de observadores, analizadores y calculistas que día tras día, en incesante lucha y noble cumplimiento de la ley del trabajo, han ido adquiriendo nuevos hechos y demostraciones no sospechadas? Las tareas de esos hombres ¿no merecen un recuerdo en la historia de sus respectivas ciencias? ¿A qué recompensa pueden aspirar en el mundo, si no se les otorga esta?

El Sr. Revilla debe pensar que los grandes hombres aparecen aislados en el mundo, y que nada les precede ni les sigue nada. Puede afirmarse, por el contrario, y muchas veces se ha demostrado, que

cuanto ellos supieron, pensaron, fantasearon y dijeron, estaba en germen en los trabajos de modestos sabios antecedentes, aunque no expuesto en fórmulas claras, ni sistemáticamente enlazado, ni reducido á unidad científica. Siendo esto tan evidente que por sabido debiera callarse, yo le aseguro al Sr. Revilla que gran trabajo había de costarle escribir la historia de ninguna ciencia sin tropezar una y muchas veces con los españoles, á pesar de la mala voluntad que muestra y el desprecio con que mira á cuanto haya salido de manos de sus compatriotas. ¿Qué historia de la Botánica sería la que para nada mentase á Nicolás Monardes, José de Acosta, Francisco Hernandez, á quienes debió la Europa el conocimiento de la Flora americana, ni á Quer, Mutis, Cavanilles, Lagasca y tantos otros posteriores? Desengañese el Sr. Revilla: no hay medio humano de omitir á los españoles en esa obra. ¿Tanto exceden los botánicos extranjeros del siglo XVI á los españoles? Aunque esa historia se escribiese con la deliberada intencion de oscurecer nuestros méritos, muchos ó pocos, ¿podría el narrador (siquier lo fuese el Sr. Revilla) dejar de decir al llegar á esa época: «Diversos españoles dedicados á estos estudios dieron á conocer infinitas especies de plantas ignoradas en el antiguo mundo?» Y ¿no basta esto para que se recuerde con respeto á nuestros *fitólogos*? ¿Cree el Sr. Revilla que sólo marinos y aventureros pasaron al nuevo continente y que sólo les debe reconocimiento la humanidad por la exploracion *material* del territorio?

Fuerte cosa es que los españoles seamos tan despreciadores de lo propio. Los autores de la *Biblioteca mineralógica*, recientemente dada á la estampa, dicen en su prólogo que tiempos atras se les acercó un erudito extranjero pidiéndoles noticias sobre el particular. Si este erudito, en vez de dirigirse á aquellos dos ingenieros de minas, doctos y bien intencionados, que se creyeron en la obligacion de apurar el asunto, hubiese tropezado con el Sr. Revilla, éste no habría dudado en decirle las siguientes ó parecidas palabras: «No hay noticia de que esta tierra, atrasada é ignorante, haya producido ningun Haüy, Werner ni Beudant; he oido hablar de ciertos rancios libretes que tratan de metales, de minas y de otras cosas semejantes, pero todo ello es despreciable: aquí no se ha hecho nada digno de memoria en esas materias; la *Inquisicion* y el *despotismo* nos han impedido estudiar las *pedras* y los *metales*, porque, ya ve usted, tales estudios ponian muy en peligro la inviolabilidad de esa creencia inflexible, *divorciada de toda direccion científica*, que nos ha mantenido apartados de todo comercio intelectual y ha sido causa de todas las plagas de España.» Y el extranjero se iría tan persuadido de que los españoles habíamos sido unos salvajes, gra-

cias á la Inquisicion, y no dejaría de decirlo en letras de molde apenas llegase á su país. Porque ese terrorífico nombre de *Inquisicion*, coco de niños y espantajo de bobos, es para muchos la solucion de todos los problemas, el *Deus ex machina* que viene como llovido en situaciones apuradas.

¿Por qué no había industria en España? Por la Inquisicion. ¿Por qué había malas costumbres, como en todos tiempos y países, excepto en la bienaventurada Arcadia de los bucólicos? Por la Inquisicion. ¿Por qué somos holgazanes los españoles? Por la Inquisicion. ¿Por qué hay toros en España? Por la Inquisicion. ¿Por qué duermen los españoles la siesta? Por la Inquisicion. ¿Por qué había malas posadas y malos caminos y malas comidas en España, en tiempo de Madama D'Aulnoy? Por la Inquisicion, por el fanatismo, por la teocracia. ¿Qué furor *clerofóbico* domina á ciertos hombres! Hasta son capaces de afirmar que los pronunciamientos y los escándalos del parlamentarismo, y las licencias de la prensa, y las explicaciones de los krausistas, y la gerigonza de la *Analítica* son efectos póstumos de la Inquisicion y obra de esa abominable teocracia que quiere desacreditar por el ridículo las ideas é instituciones modernas.

Volviendo á nuestro asunto, yo le diría al Sr. Revilla si, á su juicio, debe mencionarse en una historia de la ciencia la invencion de las *cartas esféricas* ó *reducidas* y la del *nonius*. Pues á dos españoles fueron debidas, la primera á Alfonso de Santa Cruz, la segunda á Pedro Nuñez. Preguntaría tambien si no son dignos de recuerdo en una historia de las matemáticas (ó de la *matemática*, como dicen los krausistas con insufrible pedanteria), aparte del Rey Sábio y de los que le ayudaron en sus grandiosas tareas científicas, aparte de Raimundo Lulio y no pocos de sus discípulos, aquellos insignes españoles que en el siglo XVI enseñaron con general aplauso las ciencias de la cantidad y de la extension en aulas españolas y extranjeras, como fueron, entre otros que al presente omito, el cardenal Siliceo y su discípulo el doctísimo Hernan Perez de Oliva, el aragonés Pedro Ciruelo, Pedro Juan Monzó, Nuñez, los numerosos autores de tratados de la esfera, los no escasos comentadores de Euclides y Tolomeo, los que como nuestro paisano Juan de Herrera hicieron estudios acerca de la *figura cúbica* y otras materias semejantes, adquiriendo fama de aventajados geómetras; los tratadistas de arte militar que lograron renombre europeo y fueron traducidos á diversas lenguas, los celebrados matemáticos que en el siglo XVIII atajaron la decadencia de estos estudios, cuales fueron (aparte de otros ménos conocidos) los PP. Tosca, Cerdá, Andrés y Eximeno, y el ilustre autor del *Exámen Marítimo*.

Yo soy enteramente extraño á tales disciplinas, y

aunque conozco *de visu* los libros de muchos españoles cultivadores de las ciencias exactas, nunca he caído en la tentación de leerlos (otro tanto digo de los extranjeros, y juzgo que lo propio le habrá sucedido al Sr. Revilla); pero sí puedo afirmar que las obras de los autores citados y de otros que fuera prolijo referir, lograron en su tiempo aceptación grande y son mentados con aprecio por críticos é historiadores, si no como prodigios científicos ni mucho ménos, como obras apreciables, doctas y juiciosas, no inferiores al estado de los conocimientos en su época, y que tales cuales son bastan para demostrar que nuestra relativa pobreza en este punto no llega á esterilidad absoluta. Por lo demas, á algun docto matemático incumbe la resolución de este punto, no al Sr. Revilla ni á mí, meros profanos que hablamos al aire en tales materias, gracias á la manía que hoy reina de generalizar las cuestiones y de confundirlo todo. *Tracient fabrilia fabri.*

Pero ántes de dejar este asunto y entrar en materias que nos tocan más de cerca, permítame el Sr. Revilla aconsejarle que, si desea saber lo mucho que la Medicina debió en todos tiempos á los españoles, hojee las obras conocidísimas de los señores Morejon y Chinchilla, en que, aparte de mucho fárrago, hallará noticias copiosas que de plano le convenzan de que es *imposible* escribir la historia de dicha ciencia sin hacer mérito, no de uno, sino de muchos nombres españoles. Tengo, no obstante, por cierto, dada su *erudición*, que sabe todas estas cosas, y sin duda por eso no incluye á nuestros médicos *nominatim* en el general anatema que contra la ciencia española fulmina.

Y aún nos falta la cola por desollar, y la cola es lo siguiente: «Sutilícese el ingenio para descubrir portentos y maravillas en las ignoradas obras de nuestros filósofos; búsquense en ellos precursores de Bacon y Descartes; encómiense los merecimientos de Vives y Suarez, Pereira y Morcillo, Huarte y Oliva Sabuco, y por más que se haga, forzoso será reconocer que, *salvo los que siguieron las corrientes escolásticas*, ninguno logró fundar escuela ni alcanzar legítima influencia, siendo *por tanto* un mito esa decantada filosofía española, con cuya resurrección sueñan hoy eruditos como Laverde Ruiz y Menendez Pelayo.» Gracias por la lisonja, y vamos al grano. Cualquiera al leer el párrafo transcrito y fijarse en lo magistral y decisivo de sus afirmaciones, diría que el Sr. Revilla se ha pasado la vida estudiando nuestra filosofía y desempolvando los libros de nuestros filósofos, convertido en huron literario, y dividiendo sus horas entre los estantes de las bibliotecas públicas, los de las particulares y las madrigueras de los libreros, para sacar por fruto de todas sus investigaciones, lecturas y mo-

lestias, el convencimiento tristísimo de que la *decantada filosofía española* era cosa absolutamente despreciable, como engendada, ya se ve, en país de *Inquisición y fanatismo*.

Yo también juzgué piadosamente que el Sr. Revilla había hecho esta preliminar é indispensable indagación, aunque algo me daba que sospechar lo rotundo y destemplado de sus negaciones, siendo propio de los que han mascado un poco el saludable polvo de los antiguos volúmenes no decidir de ligero y en redondo las cuestiones, hacer en todas no pocas salvedades, desconfiar mucho del propio juicio y no aventurar palabras, todo lo cual se deja, no para *eruditos* como el Sr. Revilla, sino para esos *filósofos* que discuten en el *Ateneo* y sentencian en las *Revistas* sobre todo lo discutible y sentenciable. Pero volviendo á leer con alguna detención las precitadas líneas, convencíme de que el Sr. Revilla no debe de haber penetrado mucho en el estudio de nuestros filósofos, puesto que dice que sus obras son *ignoradas*, y que la *filosofía española* es un *mito*, palabra que no se aplica á lo que es malo, sino á lo que no existe, á lo que es *fábula* y mentira, si no miente la etimología griega ó no he perdido yo los papeles desde que he vuelto á la Montaña. Y ahora ayúdeme usted á discurrir, amigo mio: el señor Revilla dice que la filosofía española es un *mito* y que está *ignorada*; *ergo* el Sr. Revilla es de los que la *ignorán* y dudan de su existencia. De lo que está *ignorado* y se tiene por *mito* no hay derecho á afirmar que sea bueno ó malo, que valga ó que no valga: la cuestión es de existencia ó no existencia. *Sed sic est* que existe la filosofía española, como está superabundantemente demostrado; *ergo* póngase á estudiarla el Sr. Revilla y cuéntenos después sus *impresiones*. Tome el Sr. Revilla las obras de Lulio, Vives, Foxo (á quien él llama *Morcillo* á secas, semejante á aquel buen hombre que llamaba á Cervantes *D. Miguel de Saavedra*), Servet, Suarez, Soto, Gomez Pereira y *tutti quanti*; léalos con la misma atención y *amore* con que leería á Darwin ó á Haeckel; y entonces podrá decirnos con algun fundamento si tales escritores son despreciables ó dignos de veneración y loa. Entre tanto, ni en el Sr. Revilla, á pesar de su agudeza de ingenio y poca aprensión, ni en el sabio más eminente de los nacidos, aunque se llame Platon ó Aristóteles ó Leibnitz, reconozco ni reconoceré nunca el derecho de sentenciar sobre doctrinas que no conoce y sobre libros que no ha leído. ¿No se reiría de mí el señor Revilla si magistralmente comenzase á hablar del *darwinismo*, del *positivismo* y de otras doctrinas, hoy á la moda, que poco más que de nombre y por referencias conozco? Pues en el mismo caso se encuentra él respecto á las obras y sistemas de los filósofos peninsulares. El talento más claro no libra

á nadie de dar traspies en lo que ignora. Por eso, sin duda, ha tropezado tantas veces el Sr. Revilla en las breves líneas que copié ántes.

Sólo á quien desconozca por entero la filosofía española se le puede ocurrir el citar entre nuestros grandes pensadores á Huarte y á doña Oliva Sabuco de Nantes, colocándolos en la misma línea que á Luis Vives, Suarez y Foxo Morcillo. Con ser el *Exámen de ingenios* y la *Nueva Filosofía de la naturaleza del hombre* dos libros discretos, amenos y originalísimos, por ningún concepto pertenecen á la alta Filosofía ni pueden, en manera alguna, ser puestos al mismo nivel que los tres libros *De primâ philosophia* de Vives y el *De Platonis et Aristotelis consensione* de Foxo Morcillo, la *Metafísica* y el tratado *De Anima* de Suarez, ni aun el *Quod nihil scitur* de Francisco Sanchez, el *Christianismi restitutio* de Servet ó la *Antoniana Margarita* de Gomez Pereira (no le llame Pereira á secas el Sr. Revilla, porque corre riesgo de confundirle con otro filósofo portugués del siglo pasado, autor de una *Theodicea* escrita en castellano). Apreciables los libros de Huarte y doña Oliva como manifestaciones del *empirismo sensualista* en nuestra historia filosófica, curioso el primero por sus vislumbres de Frenología, y el segundo por su delicado análisis de las pasiones, son, á pesar de todo, de más interés en la relación fisiológica que en la psicológica, según entiendo.

El Sr. Revilla se engaña de todo punto si imagina que somos usted y yo los únicos defensores de la filosofía ibérica. Esta, por el contrario, cuenta, así en la Península como en el extranjero, numerosos aficionados. Sonlo en España el Sr. Valera (á pesar de ciertas proposiciones dubitativas que alguna vez aventura), pues le debemos, aparte de otros artículos, un notable estudio acerca de Quevedo considerado principalmente como filósofo; el Sr. Campoamor, que en su discurso de entrada en la Academia Española llama á Gomez Pereira el fundador del psicologismo moderno, y al canciller Bacon el más prosaico de los discípulos de Vives; el Sr. Canalejas, autor de una extensa Memoria sobre *Las doctrinas del iluminado Dr. Raimundo Lulio*, de las cuales casi se declara partidario, manifestando deseos de su restauración, y llegando á afirmar que el solitario del monte Randa *fué más sintético que Santo Tomás*; D. Adolfo de Castro, que ha llegado á formar un tomo de filósofos (moralistas los más) para la *Biblioteca* de Rivadeneira; D. Luis Vidart, autor de un tomo de *Indicaciones bibliográficas sobre nuestros filósofos*; los dos krausistas D. Facundo de los Rios Portilla y D. Federico de Castro, expositor el primero de las doctrinas vivistas, biógrafo el segundo de Perez y Lopez; el hegeliano de la extrema izquierda Sr. Pi y Margall, que en su dis-

curso preliminar á las obras del P. Mariana encomia altamente el valor filosófico del libro *De morte et immortalitate*; el escolástico Fr. Ceferino Gonzalez, cuya *Filosofía Elementaria*, aparte de numerosas citas, incluye en la parte histórica noticias de varios filósofos peninsulares; el Sr. Azcárate (D. Patricio), que muy atinadamente declara *nuestro, en el concepto filosófico, el siglo XVI*, al analizar los tratados panteistas de Servet en la *Exposicion de los principales sistemas filosóficos modernos*; el neocartesiano Sr. Martin Mateos, que en 1857 apoyaba en la *Revista de Instrucción pública* los proyectos de usted, amigo mio, y posteriormente ha dado á la estampa estudios acerca de nuestros místicos; el empírico Sr. Weyler y Laviña, expositor y crítico de las doctrinas de *Raimundo Lulio*; el portugués Lopez Praza, historiador de la filosofía de su país, y el erudito mallorquin Roselló, bibliógrafo infatigable del lulismo, sin otros que al presente no recuerdo.

Fuéronlo entre los muertos el doctor D. Ildefonso Martínez, editor é ilustrador de Huarte y doña Oliva; el Sr. Sanchez Ruano, panegirista de la segunda; el suarista P. Cuevas, digno de muy honroso recuerdo por haber trazado ya en 1854 un compendio de nuestra historia filosófica, destinado á la enseñanza de los Seminarios; el bibliotecario ovetense Suarez Bárcena, erudito biógrafo de los Abarbaneles, Sabunde y Servet; el Sr. Gonzalez Muzquiz, vindicador de Vives en 1839; el ilustre Martí de Eixalá, importador de la filosofía escocesa á Cataluña, y su sabio y nunca bastante llorado discípulo el doctor Llorens, eminente profesor de Metafísica en la Universidad barcelonesa, de quien todos los que alguna vez tuvieron la dicha de oírle recordarán el respeto con que citaba siempre á Vives, el largo estudio que de sus obras había hecho, dejando traducida é ilustrada la *De anima et vita*, y las relaciones que hallaba entre las doctrinas del eminente pensador valenciano y la del *sense common* de Guillermo Hamilton, por él con tanta gloria defendida. Y no es cosa de ayer la creencia de una tradición científica en España, pues quien haya leído las notas sábias y asaz olvidadas de los *Discursos filosóficos* de Forner, una de las inteligencias más claras y poderosas que en el siglo XVIII produjo España, y la *Oracion apologética*, el *Preservativo contra el Ateísmo* y otras obras del mismo, no podrá ménos de contarle con igual ó mayor razón que á usted y á mí en el número de los soñadores. En igual categoría deberá poner á Cerdá y Rico, editor de diversas obras de nuestros filósofos, y que por desdicha no llegó á reimprimir, como deseaba, las de Foxo Morcillo, á los PP. Andrés y Lampillas, y al infatigable y eruditísimo Mayans, á quien tanto deben estos y otros estudios de parecida índole. Y en general puede afir-

marse que, hasta fines del siglo pasado, nadie dudó de que España hubiese tenido en todas épocas filosofía y filósofos eminentes. Pues si al extranjero pasamos, no quiero suponer que el Sr. Revilla desconozca los libros y artículos de Adolfo Franck, Munck, Ernesto Renan, Rousselot, Saisset, relativos á Maimónides, Avicbron, Averroes, los místicos, Miguel Servet y otros filósofos peninsulares, hebreos, árabes ó cristianos, ni pienso que ignore la existencia de una *Historia alemana de la Psicología en España*, y no dudo que habrá leído en la antigua *Revista de Edimburgo* un estudio de James Mackintosh á propósito de ciertos ensayos de historia de la filosofía publicados por Dugald-Stewart, y en él encarecidos elogios de Suarez, Domingo de Soto, Francisco de Vitoria y otros españoles cuyos nombres no le sonaban, por lo visto, al crítico escocés tan mal como al Sr. Revilla. ¿Qué más? Hasta *soñaron* con la filosofía española Montaigne, traductor y apologista de Raimundo Sabunde; Lessing, que vertió al alemán la obra de Huarte; Leibnitz, en cuya opinión los libros de nuestros escolásticos contenían mucho oro, y los doctores de la Universidad de Jena que, según cuenta Puffendorf, no obstante ser luteranos, tenían á Suarez, Molina, Vazquez, Valencia y Sanchez por *escritores dignísimos de eterno renombre* (con perdon sea dicho del Sr. Revilla y de los que como él piensan y juzgan).

Todos estos autores y algunos más, célebres ú oscuros, españoles y extranjeros, buenos, medianos y malos, representantes de todas las tendencias filosóficas ó simples eruditos, antiguos y modernos, vivos y muertos, han *soñado ó sueñan*, y continuarán *soñando* los que aún viven, con la *filosofía* y con los *filósofos* españoles.

Hormiguean las contradicciones y los errores en el párrafo del Sr. Revilla. Ante todo conviene advertir que, á pesar de *ser la filosofía española un mito*, nos concede la existencia de grandes escolásticos y de místicos incomparables, esto es, las dos terceras partes (y me quedo corto) de nuestra filosofía.

Excluye á los primeros en términos expresos, «salvo los que siguieron las corrientes escolásticas,» y comprendo bien que los excluya, porque no invalidan su doctrina. Fuera de cerrar los ojos á la luz, no veo otro medio de desconocer el mérito y la influencia de Suarez y del *suarismo*, ni la importancia grande de muchos *tomistas* y *escotistas* españoles.

Concede, pues, el Sr. Revilla que tuvo un gran florecimiento la ciencia escolástica en España. Y como el *escolasticismo* abraza sin duda algunos de los sistemas más completos, luminosos y prepotentes que han ejercitado el entendimiento humano (aunque no el sistema primero ni único de la filosofía

cristiana, digan lo que quieran los *neo-tomistas*), síguese por lógica consecuencia que España, madre de los más ilustres escolásticos después de Santo Tomás, ha tenido una grey de verdaderos y profundos filósofos dentro de las vías católicas, y que aunque esto sólo hubiese producido, siempre sería ligereza indisculpable (por no darle otro nombre) llamar *mito* á la filosofía española, y que así como fuera absurdo suprimir el escolasticismo en la historia de la filosofía, absurdo sería y mayor omitir en el capítulo á tal materia dedicado los nombres y obras de los doctores peninsulares, por más que el Sr. Revilla afirme (con admirable patriotismo) que *en la historia de la filosofía puede suprimirse sin gran menoscabo la parte relativa á España*.

Pero aún es más peregrino lo que dice de los místicos. Para el Sr. Revilla, el *misticismo* no es filosofía, puesto que pone en parangón y contraste la riqueza del uno con la pobreza de la otra entre nosotros.

¡Bien por el Sr. Revilla, que sabe distinguir, como el Estrepsiades de Aristófanes, la piel de perro de la de perra, y disputa como los conejos de la fábula sobre si son galgos ó podencos! Todos los católicos y muchos racionalistas están de acuerdo en considerar el *misticismo*, no sólo como filosofía, sino como la más alta y sublime de las filosofías existentes.

Si el Sr. Revilla me dice que el *misticismo* es más que filosofía, que el *misticismo* empieza donde la filosofía concluye, y que sólo él resuelve hasta cierto punto las perpétuas dudas de la primera, porque la intuición del alma iluminada y abrasada por el amor divino es siempre más poderosa que el mezquino análisis psicológico y las eternas logomáquias de los sofistas, estaré de acuerdo con él; pero entonces la cuestión será de palabras, y á mi me será lícito decir: «España, además de sus escolásticos y de sus pensadores independientes, precursores de Bacon y Descartes, tuvo una casta de hombres, hoy perdida, que no fueron filósofos, sino *mucho más que filósofos*, pues por intuición soberana y nunca igualada, supieron y entendieron lo que nunca han sabido ni entendido los *filósofos*, dijeron clara y hermosamente lo que los *filósofos* han envuelto en laberínticos juegos de palabras, y vieron á toda luz lo que los *filósofos* nunca han visto sino á medias y envuelto en mil nebulosidades.»

Tenemos, pues, que el Sr. Revilla admite la *existencia* y el mérito de nuestros místicos y escolásticos. Del resto de nuestros filósofos dice que son un mito, porque (según él piensa) *no formaron escuela ni ejercieron legítima influencia*. ¡Peregrina regla para juzgar el mérito de los filósofos! Figúrese el Sr. Revilla que hasta ahora hubiesen estado in-

éditas y desconocidas ó no estudiadas por nadie, aunque impresas, las obras de Platon, y que hoy las publicase ó reimprimiese, ilustrase y comentase algun erudito apreciándolas en su altísimo valor. Si el Sr. Revilla es consecuente con su doctrina, tendría que decir: *Platon es un mito; no ha formado escuela ni ejercido influencia en el mundo*. O bien: imagine el Sr. Revilla que él mismo da mañana á la estampa un libro portentoso de alta filosofía, que por uno de aquellos azares bibliográficos tan comunes, *habent sua fata libelli*, nadie compra, ni lee, ni estudia, hasta que al cabo de los años mil sale un doctor aleman proclamando su excelencia: ¿querrá el Sr. Revilla que aplicándole entónces sus principios, diga alguno: *no leáis el libro de Revilla; Revilla es un mito, no ha formado escuela ni ejercido influencia en el mundo?* Es método muy aventurado á errores el estimar el mérito de los libros por el ruido que han hecho ó por el número de los secuaces de las doctrinas de sus autores. No se ha dicho en el mundo absurdo ni desatino que no haya tenido secuaces: ahí está, sin ir más léjos, el *mormonismo*, para comprobarlo. Para el Sr. Revilla, la religion de los *mormones* será un sistema prodigioso, porque á la voz de Smith se congregó muy pronto numeroso enjambre de ilusos y de truhanes. No hay idea que no tenga partidarios, en religion, en filosofía, en *sociología* (como hoy se dice bárbaramente), y cuanto más grosera sea la doctrina, más elementos de anarquía envuelva y más halague los apetitos humanos, tanto más seguro será su efecto.

Niego además que los españoles que filosofaron fuera del escolasticismo y de la mística no formasen escuela ni ejerciesen influencia. Luis Vives es el patriarca de una serie de pensadores criticos: sus discípulos se llaman Gélida, Melchor Cano, Foxo Morcillo, Gomez Pereira (con ciertas vislumbres de *empirismo* en ocasiones), Quevedo (vacilante tambien, pero con marcada tendencia *vivista*), Pedro de Valencia y Caramuel, y en el siglo XVIII el dean Marti Feijóo, Mayans, Viegas, Piquer, y su ilustre sobrino Forner, que hace profesion de *vivismo* clara y descubiertamente en repetidos lugares de sus obras impresas y manuscritas. Esta doctrina critica, cuya restauracion no sería un sueño ni mucho ménos, constituye con el *lulismo* y el *suarismo* la gran triada de los sistemas peninsulares ortodoxos. En cuanto á los *peripatéticos clásicos*, los *ramistas*, los partidarios del *empirismo sensualista*, y los *moralistas* ya estóicos, ya epicúreos, nadie negará que constituyen grupos perfectamente definidos, si bien casi todos ellos pueden considerarse como derivaciones más ó ménos próximas de la corriente *vivista*. En cuanto á si ejercieron ó no influencia en el mundo, baste repetir lo que hasta ahora no se ha convencido de falsedad, que Vives y el *vivismo* son

los precedentes históricos de Bacon y el *baconismo* y de Descartes y el *cartesianismo*; que el libro *De augmentis scientiarum* del famoso canciller inglés en nada supera (si es que iguala) á los *De disciplinis*; que Foxo Morcillo intentó, al decir del sabio frances Boivin, la más docta conciliacion entre Platon y Aristóteles, y que desde su época hasta la nuestra se viene trabajando en el mismo sentido, sin haber mejorado gran cosa lo que él dejó escrito.

A algunos ha de extrañar la tenacidad sin ejemplo con que los sectarios de ciertas escuelas niegan el mérito de nuestras filósofos, sin haberlos leído ni querer leerlos. Muy sencilla me parece la explicacion de esta terquedad y de esta *ignorancia* (llamemos las cosas por su nombre) en que voluntariamente se mantienen. Si llegasen á confesar que España había dado grandes filósofos en esa época de Inquisicion y fanatismo, ¿qué peso tendrían sus declamaciones contra la intolerancia? De suerte que, por mantener una vulgaridad y un absurdo, tolerables sólo en gacetillas de periódico, consienten en cerrar los ojos, tapiar los oídos y mantenerse apartados de toda investigacion erudita. El Sr. Revilla desprecia la erudicion, sea en hora buena; dice que expone á grandes extravíos: á mayores expone la falta de ella. Yo estoy firmemente persuadido de que la erudicion conduce siempre á algun resultado provechoso; el charlatanismo y las discusiones *de omni re scibili* á ninguno. De sofistas y oradores de Ateneo estamos hartos en España. La generacion presente se formó en los cafés, en los clubs y en las cátedras de los krausistas; la generacion siguiente, si algo ha de valer, debe formarse en las bibliotecas: faltan estudios sólidos y macizos.

Nuestros flamantes *filósofos* desprecian á los antiguos sabios españoles porque fueron católicos y escribieron bajo un gobierno de unidad religiosa y monárquica. Muchas veces me he sentido tentado á tomar alguna de sus obras; traducirla en la jerga bárbara de la *Análitica* y ofrecérsela á esos señores (gente poco escrupulosa en materias bibliográficas) como traduccion de un libro aleman desconocido. De seguro que les hacía buen efecto y que la ponían en los cuernos de la luna.

La prueba de que sólo por ser católica desprecian nuestra ciencia, nos la da el Sr. Revilla cuando, al refutar á su modo al Sr. Valera, dice pocas líneas más adelante: «En esa Inglaterra... nacieron las más avanzadas sectas del protestantismo (¡gran progreso, á fe mia!) y propagaron Bacon, Hobbes y Locke los más radicalés principios de la filosofía; en esa Francia... minó Ramus los fundamentos de la escolástica, abrió Gassendi el camino al materialismo, zahirió Rabelais los más altos ideales, proclamaron escépticas doctrinas Montaigne y Charron, y fundó Descartes el racionalismo moderno; y esa Alema-

nia... fué la cuna de la filosofía novísima que ha conmovido los cimientos de toda creencia.» Bien por el Sr. Revilla. ¿Conque para él significan más en la historia de la filosofía el pedante Ramus, cuyas innovaciones fueron únicamente de palabras, y el asqueroso Rabelais, que ni fué filósofo ni hizo cosa de provecho jamás, y el sensualista Locke, y Hobbes, apologista de la fuerza bruta y de toda tiranía; conque estos escritores, digo, representan más que Lulio, Foxo, Vives, Suarez y toda nuestra filosofía junta? ¿Conque hasta el *Pantagruel*, libro estúpido si los hay, excede á todas las concepciones de nuestros filósofos? Imposible parece que la pasión ciega tanto á hombres de claro entendimiento. Si Montaigne y Charrón fueron escépticos, escéptico fué Francisco Sanchez y más radical que ninguno de ellos. Si Francia engendró el materialismo, guárdese esa triste gloria, que aquí no la necesitamos. Si el Sr. Revilla juzga que la filosofía alemana ha conmovido los fundamentos de las creencias, yo creo y creeré siempre que éstas permanecen firmes y enteras; y despues de todo, España dió á Miguel Servet, que ni en audacia ni en talento cede á ninguno de los pretensos demoletores de allende el Rhin.

Del resto de la lucubracion del Sr. Revilla nada diré, porque se alarga ya en demasia esta carta, y los restantes párrafos de su artículo no nos interesan de un modo directo. Con decir que constituyen una *sinfonía patriótica sobre motivos inquisitoriales*, quedarán calificados como merecen. No falta ninguna de las campanudas expresiones de rúbrica, «intolerancia sistemáticamente organizada,» «bárbara fiereza,» «crueldad fría y sistemática,» «muerte del pensamiento,» «poder teocrático implacable y tenaz,» «uniformidad de la muerte,» «calma de las tumbas,» «sangría lenta jamás interrumpida,» «opresión constante,» «siglo de hierro,» «tiránias de todo género,» y otras *ejusdem furfuris*, dignas de la *Inquisición sin máscara* del recalcitrante novicio cartujo Dr. Puigblanch, ó de la *Histoire Critique* del canónigo volteriano Llorente, escritor venal y corrompido, cuya buena fe y exactitud niego, aunque no dispute su erudición.

Respecto á la literatura, juzga el Sr. Revilla, discorde en esto del Sr. Nuñez de Arce, que no fué oprimida por el Santo Oficio, lo cual, dice, *da singular prueba del talento y habilidad de los Inquisidores, porque la actividad intelectual del hombre necesita desahogo, y toda máquina que la comprima ha de tener válvulas para darla salida.* ¡Benditos Inquisidores aquellos que abrian semejantes válvulas!

Dos palabras para acabar. Yo no niego que una de las mil causas ocasionales de la declinacion parcial de la ciencia española en el siglo XVII fuese la

intolerancia; pero no la de la Inquisición tan solo, sino más bien la de las escuelas y sistemas prepotentes, harto más dañosa, como usted apuntó ya en uno de sus *Ensayos críticos*. Y esto ha sucedido y sucederá en todos tiempos: las sectas filosóficas dominantes, lo propio que los partidos políticos, tienden á la intolerancia y al exclusivismo, cohibiendo de mil maneras la iniciativa individual. Sin ir más léjos, ahí están los krausistas, de cuya tolerancia pueden decir muy buenas cosas los que alguna vez han asistido á sus aulas.

El Sr. Revilla no es ya *krausista*, no es siquiera *hegeliano*, por más que tal se le creyera en algun tiempo; ha renegado de esas sectas por *reaccionarias* y *abrasadas*; hoy no gusta de *espiritualismos* é *idealismos*, segun nos informa en el mismo artículo á que contesto; hoy tiende con toda claridad al *materialismo positivista* en crudo, y rompe lanzas en pró de la teoría darwiniana. Pero en medio de todas estas transformaciones ha conservado el señor Revilla la *intolerancia de la impiedad*, como otros la de la creencia; habla siempre con desden del catolicismo y de los católicos, y afecta mirarnos con cierta compasion, cual si se tratase de párias ó ilotas. Yo, por mi parte, ni acepto la compasion ni tolero el desprecio. El verdaderamente digno de lástima es quien camina á ciegas, sin fe, sin amor ni esperanza en las cosas de este mundo ni en las del otro.

Antes de terminar, diré á usted que me parece muy dudosa la propiedad de expresion con que el Sr. Revilla incluye á Pericles entre los *déspotas* protectores de las letras. El llamar *déspota* á un hombre que gobernó bien y legalmente en una república, pasaria por grave *lapsus*, aun en sujeto de ménos campanillas que el crítico de la *Revista Contemporánea*.

De usted siempre apasionado amigo y paisano

M. MENENDEZ Y PELAYO.

Santander 2 de Junio de 1876.

## LA TELEGRAFÍA ELÉCTRICA

SIN HILOS CONDUCTORES.

Las ventajas de la telegrafía eléctrica sobre la telegrafía óptica ejecutada por medio de señales colocadas en las alturas, son de tal modo evidentes, que toda insistencia en este punto sería ridícula. Gracias á la electricidad, y á pesar de todos los accidentes atmosféricos, se puede trasmitir el pensamiento con una velocidad prodigiosa á distancias ilimitadas. Las maravillosas ventajas de la telegrafía eléctrica no están, sin embargo, desprovistas de inconvenientes. Hay algo de sombra en esta luz. El

establecimiento y conservacion de hilos metálicos en toda la extension del camino que hay que recorrer, es una operacion dispendiosa, y sobre todo susceptible de desastres preparados por la malevolencia, pues sabido es que basta cortar los hilos para interrumpir la comunicacion.

Sobre todo en la guerra, la telegrafia eléctrica pierde todas sus ventajas. Sabemos por experiencia propia que el enemigo que invade un país comienza por cortar esos hilos conductores, é intercepta así toda comunicacion entre los ejércitos y los habitantes del país atacado. Con este sistema telegráfico los habitantes de una ciudad sitiada están imposibilitados de comunicarse regularmente con las tropas de la nacion que puedan socorrerla, y los comandantes militares no tienen medios de saber lo que pasa fuera de sus murallas.

Los globos portadores de despachos no son más que recursos inciertos y precarios, medios poco seguros y eventuales. Además, es completamente imposible hacer penetrar un globo en una ciudad sitiada.

Si se pudieran suprimir los hilos conductores de un telégrafo eléctrico y reemplazarlos por algun agente que no estuviese al alcance de los sitiadores de una ciudad ni de las tropas invasoras, ¡qué gran progreso se habría realizado! ¡qué hermoso sueño puesto en práctica! La electricidad funcionando en estas nuevas condiciones llegaría, en lo que concierne á la telegrafia, á los límites de la perfeccion científica.

Este sueño, esta perfeccion parece que está en vísperas de realizarse. Espérase poder hacer andar la electricidad que lleva un despacho sin obligarle á ir por el carril de un hilo metálico tendido entre una y otra estacion.

Los físicos que han concebido esta audaz idea han pensado aprovechar una corriente eléctrica que existe constantemente en la tierra y cuya existencia se puede reconocer en un trayecto cualquiera. Esta corriente natural se llama la *corriente telúrica*.

Un hábil físico de Paris, M. Bourbouze, preparador de las explicaciones de fisica en la Sorbona, ha demostrado la existencia de esa corriente *telúrica* recorriendo la tierra, y ha visto en ella un medio de trasmision de despachos sin alambres conductores. Los resultados que ya ha obtenido M. Bourbouze son verdaderamente maravillosos. Colocándose entre dos localidades lejanas, este físico opera sobre las corrientes telúricas de manera que las obliga á transmitir una señal, segun la voluntad de los operadores y sin ningun otro medio intermediario.

Para comprender bien el procedimiento y el alcance de los experimentos de M. Bourbouze, es preciso tener muy presente el principio sobre el cual está basado el telégrafo eléctrico.

En el telégrafo eléctrico, la corriente que desarrolla la pila eléctrica obra sobre una aguja imantada, como lo haría una fuerza ó una impulsión mecánica.

Habiendo enrollado Arago alrededor de un barrote de hierro un conductor de cobre cuyos contornos estaban aislados entre sí por medio de seda, observó que el barrote se convertía en un verdadero iman, bajo de la influencia del circuito eléctrico, y atraía los objetos, como limaduras de hierro. Interrumpiendo la corriente, caían las limaduras ántes atraídas.

Sobre este principio está basado el telégrafo eléctrico.

El telégrafo eléctrico se compone de un *manipulador* ó aparato para trasmitir los despachos, y de un *receptor* ó aparato para recibirlos. El *receptor* que generalmente se usa es el *receptor Morse* que escribe los despachos sobre un papel por medio de signos convencionales. Un movimiento de relojería desarrolla por delante de un punzon de acero una faja de papel. Un electro-iman puesto en accion por la corriente, mueve al punzon, y este señala el papel. Si la corriente es intermitente, se obtienen puntos; si es más ó menos continua, se obtienen líneas. Estos puntos y estos trazos forman por su combinacion un alfabeto convencional, el alfabeto Morse.

Desde los primeros tiempos de la telegrafia eléctrica se aplicó á este sistema de comunicaciones un perfeccionamiento notable. Primero se hacía uso de un doble hilo conductor, formando el circuito volático de ida y vuelta á la pila; pero en breve se llegó por consejo de la experiencia á suprimir el hilo de vuelta, y emplear un solo hilo entre las dos estaciones; la tierra servía de segundo hilo conductor para la vuelta del circuito á la pila. El flúido sigue su marcha natural en el único hilo existente, porque la superficie terrestre atrae la electricidad contraria á la del hilo á uno ó á otro punto de partida, para operar la combinacion de las dos electricidades y producir el flúido natural.

La colocacion de la extremidad del hilo es lo que forma la vía de regreso de la corriente por tierra, y el flúido trasmitido por tierra se combina perfectamente con el trasmitido por el hilo, para formar el circuito.

Volvamos ahora á M. Bourbouze.

El *galvanómetro* es un instrumento que sirve para demostrar la existencia y medir la intensidad de las corrientes eléctricas. Este aparato se compone de una aguja rodeada por el hilo conductor de la corriente. Las desviaciones de esta aguja, á partir del cero, son tanto más grandes, cuanto la corriente esté dotada de más fuerte intensidad.

El aparato comunica con el circuito eléctrico por

medio de dos hilos metálicos que cierran el circuito y permiten á la corriente obrar sobre la aguja imantada. Segun M. Bourbouze, cuando se ponen las dos extremidades del hilo de un simple galvanómetro en contacto, una con el tubo que conduce el gas á los laboratorios, el cual está ligado de una manera continua á la canalizacion general de los tubos de gas que parten de la fábrica, y la otra extremidad del hilo con los conductos del agua, que forman igualmente un excelente y largo conductor metálico, se demuestra fácilmente la existencia de corrientes enérgicas en el circuito así formado.

Se obtiene el mismo resultado, es decir que se demuestra la existencia de un circuito eléctrico completo, si se pone una de las extremidades del hilo en comunicacion con una corriente de agua, y la otra extremidad del hilo con una placa de metal metida en tierra.

Hé aquí, pues, perfectamente demostrada la existencia de corrientes terrestres ó *telúricas*.

Ahora, si se introduce en este sistema una nueva corriente eléctrica, una corriente artificial, producida por una pila eléctrica, poniendo en tierra uno de los polos de una pila, y el otro polo en una corriente de agua, la aguja del galvanómetro se desvía más, revelando la accion de la nueva corriente producida por la pila, y demostrando que esta corriente toma la tierra como conductor directo. Pero para que esta corriente, producida artificialmente por la pila, permanezca sola, es preciso destruir ó *compensar* la accion *telúrica*, es decir, la accion de la corriente terrestre.

Consíguese esto haciendo obrar una corriente contraria producida por un *compensador*. M. Bourbouze da este nombre á la corriente producida por una pila, corriente en sentido contrario á la de tierra. Estas dos corrientes se neutralizan, y la aguja del galvanómetro permanece en cero, puesto que se desvía á uno y otro lado por la corriente *telúrica* y por la corriente del *compensador*.

Conseguido esto, es fácil demostrar la existencia de otra corriente sobre la aguja del aparato.

Despues de estas explicaciones preliminares, se comprenderán perfectamente los experimentos hechos por M. Bourbouze para establecer comunicaciones telegráficas sin hilos.

M. Bourbouze instaló primero, cerca del puente de Austerlitz, el galvanómetro y la pila que produce la corriente compensadora. Uno de los hilos estaba metido en la tierra y el otro comunicaba con placas de cobre sumergidas en el Sena. Una pila de sulfato de cobre, de 600 elementos, estaba colocada en el puente de Napoleon, con uno de los polos ligado á tierra y el otro al Sena. Cada vez que se cerraba la corriente, la aguja, primitivamente fija en el cero, se desviaba 25 ó 30 grados, y el sentido de la desvia-

cion dependía del sentido de la corriente de la pila.

Los mismos resultados obtuvo M. Bourbouze en experimentos hechos entre el puente Saint-Michel y el puente Saint-Denis. La corriente eléctrica ha recorrido la distancia que separa estos dos puentes, siguiendo el curso del Sena y el suelo.

Queda, pues, establecido que, sin hilos conductores, la tierra y el Sena pueden servir de conductor á la electricidad producida por una pila instalada en un punto determinado, de manera que forme una corriente que manifieste su accion de un modo bien marcado sobre un galvanómetro muy lejano de la pila y que esté en relacion con este instrumento por el único intermediario del suelo y del rio.

¿Quién no entrevé ahora el inmenso alcance de estos hechos? Es evidente que si se llega á hacer funcionar los aparatos telegráficos de un punto á otro sin necesidad de instalar ningun conductor, se habrá resuelto el problema de la trasmision de señales sin ninguna manifestacion exterior. En tiempo de guerra no habrá que inquietarse de la interrupcion de las vías de comunicacion; la electricidad caminará silenciosamente, sin revelar su presencia, inaccesible á la vista y á la mano del enemigo. Una pila, un galvanómetro y la proximidad de una corriente de agua, esto bastará para cambiar despachos con las estaciones colocadas en la proximidad del mismo rio; y á su vez, estas estaciones podrán contestar, teniendo los mismos aparatos.

Si se hubiera conocido durante el sitio de Paris un sistema parecido, se hubiesen cambiado fácilmente despachos con las localidades situadas en las orillas del Sena. El enemigo hubiera podido, sin duda, demostrar sobre un punto cualquiera de la corriente de ese rio la trasmision de señales, suponiendo que instalara un galvanómetro y que conociera las señales convencionales transmitidas; pero le habría sido imposible interrumpir la trasmision, y esto es lo principal. La ciencia y la naturaleza habrían sido más fuertes que los furoros de los prusianos.

En vez de las grandes corrientes de agua se pueden utilizar para establecer comunicaciones conductos de agua y de gas de los que surcan las profundidades del suelo.

M. Bourbouze continúa en estos momentos sus magníficos experimentos. Se han establecido comunicaciones entre la Escuela de Farmacia y su morada. Para demostrar la facilidad con que las corrientes se transmiten sin hilos, M. Bourbouze se sirve de una pila de cuarenta elementos establecida en la escuela de Farmacia; la intensidad de las corrientes transmitidas en este punto, se aprecia en su laboratorio por la desviacion de 50 grados producida en ambos lados de la posicion de equilibrio de la aguja del galvanómetro.

Además, M. Bourbouze ha fijado un hilo conductor á una lámina de cobre, y ha formado un circuito sumergiendo esta lámina en un pozo y ligando el hilo con tierra. La corriente obtenida es de tan grande intensidad que el agua se descompone, y se pueden cargar con esta corriente pilas secundarias y animar un pequeño electro-iman capaz de determinar las oscilaciones de un balancín.

La corriente se dirige desde el agua á la tierra, y esto se demuestra por medio del galvanómetro vertical, cuya sensibilidad hay que disminuir sirviéndose más que de la mitad de los hilos. Así se reconoce que la intensidad de la descomposición de la corriente y el efecto químico de esa corriente aumentan con las superficies inmersas.

En resumen, la nueva vía de investigaciones concernientes á la trasmisión de la electricidad por el suelo, hace esperar una simplificación y una facilidad en las comunicaciones telegráficas que exceden de todo lo que se hubiera podido imaginar. La cuestión capital es saber hasta qué punto las corrientes telúricas podrán prestarse á las aplicaciones que acabamos de indicar. ¿Cómo emplearlos? ¿Son bastante intensas y bastante regulares para poder ser utilizadas de una manera continua? Hé aquí lo que nos dirán los experimentos que se están haciendo en la actualidad. Lo que ya se ha adquirido evidentemente es la posibilidad de transmitir señales con ayuda de corrientes voltaicas suministradas por la pila, suprimiendo todo hilo conductor y reemplazándole por el suelo y el agua de un río.

LUIS FIGUIER.

(*La Science illustrée.*)

## LINNEO.

No es posible que haya quien deje de experimentar inclinación más ó menos decidida por el conocimiento de las plantas. Desde aquel que de un modo superficial fija solamente su mirada en las vistosísimas y perfumadas flores que engalanan los jardines y los campos, hasta el minucioso naturalista que sólo ve con los ojos de la ciencia, es universal el interés que inspira el reino vegetal. La naturaleza nos ofrece á toda hora el libro del estudio, donde sin cesar aprendemos cada día nuevas y más peregrinas ideas; pero los hombres sobre cuya frente se cierne la aureola del genio encuentran en la humildísima planta que huellan nuestros piés, y en el insignificante insecto apenas visible á nuestros ojos, mundos de ciencia sobre los que construyen sólidos é imperecederos monumentos.

Nada influye tanto en la formación de grandes naturalistas como el país en que se vive, y la Es-

candinavia ofrece vastísimo campo á las investigaciones de las ciencias naturales. La alfombra de nieve que cubre su suelo, donde como en hermoso espejo se reflejan los deslumbradores y purpurinos rayos de la aurora boreal, contrastando con los ardorosos calores de un estío más prolongado que el que se experimenta en Italia y en España, convidan á la meditación y al estudio, sobre todo á los que por sus venas circula la sangre de la raza indogermana, fuertes en la adversidad y dotados de singular perseverancia para el trabajo. Bajo estas condiciones nació Carlos Linneo el 23 de Mayo de 1707 en Roeshult. Dedicado por su familia á la carrera eclesiástica, es proverbial la escasa afición que á los estudios mostraba, en términos que sus profesores opinaban que era completamente incapaz para el cultivo de las letras. ¡Error insigne! ¡Cuántas veces la falta de vocación para determinado linaje de conocimientos hace perder las más grandes aptitudes, que acaso encaminadas por la senda á que son verdaderamente llamadas, pudieran alcanzar la corona del genio y pisar las gradas del templo de la inmortalidad!

En vista del poquísimo aprovechamiento de Linneo en los estudios teológicos, fué también dedicado por su familia á un humilde oficio mecánico, y el año 1724 se hallaba de aprendiz de zapatero; hasta que el distinguido médico Rothman, para el que conservará siempre la historia un cariñoso recuerdo, hizo que Linneo fuera escribiente de un célebre profesor de la Universidad de Lund (Stobee), el cual no tardó en adivinar que dentro de aquella cabeza se estaba cerniendo el germen de una de las lumbreras de la humanidad. Gracias á esta protección, pudo disponer Linneo de todos los libros de la curiosa y nada escasa biblioteca de su maestro, y comenzó á recolectar plantas y á recorrer con fruición extraordinaria las instructivas páginas de las obras de Tournefort. La famosa universidad de Upsal recibióle después en su seno, y aquel célebre establecimiento jamás se olvida de contar entre sus muchas glorias la de haber sido la madre científica de una de las mayores celebridades que se miran en el claro cielo de los anales del saber humano.

En el referido establecimiento estudió medicina, pero tan escaso de materiales recursos y luchando á brazo partido con la pobreza, que solamente contaba para su más que sóbria subsistencia con los exiguos honorarios de algunas lecciones que daba del idioma del Lacio, al par que utilizaba los conocimientos de su primitiva ocupación dedicándose á restaurar el deteriorado calzado de sus compañeros. ¿Por qué ocultar las espinas de que estuvo sembrado el camino de la vida de Linneo? ¿Le deshonran por ventura? Léjos de eso, ensalzan y elevan

todavía más el pedestal de su gloria. Cuando se descuella, rodeado de toda clase de comodidades, sin escasear medio alguno; es indudablemente meritorio; pero lo es mil veces más cuando se llega á la cúspide de la reputacion en una ciencia, teniendo que vencer los horrores de la miseria y entablar con ella rudísimos combates.

Más adelante, Olof Celsio llevó á su lado al jóven Linneo, con objeto de que le auxiliase en los trabajos de una interesante obra, desde cuya época comienza la carrera del naturalista sueco, que fué una serie no interrumpida de servicios á la ciencia de las plantas, en términos de poder asignársele el honroso título de uno de los colosos de tan importante conocimiento. No pasaron desapercibidos para el profesor de botánica Rudbeck las dotes de Linneo, y le encargó desde luego la sustitucion de su cátedra, seguro de que había de ocupar dignamente su honroso puesto, á pesar de los pocos años del sustituto. Por entónces, ó sea hácia el año 1730, comenzó á establecer los fundamentos de su *Filosofía Botánica*, cuyo trabajo llamó justamente la atencion, y el año 1732 fué comisionado por la Sociedad Real de Upsal para emprender un viaje científico á la Laponia con objeto de describir las plantas de este país. En la referida excursion experimentó no escaso número de penalidades y estuvo en multitud de ocasiones muy en peligro su existencia, como no podía ménos de acontecer en un país inculto, donde la inclemencia desoladora del clima obliga á entablar con ella constante lucha, que hacen doblemente meritorios los resultados científicos que de la misma obtuviera. *La Flora de la Laponia*, que publicó Linneo en 1737, en Amsterdam, consta de dos tomos, donde, además de hallarse consignadas cuantas noticias científicas puedan ofrecer importancia á la curiosidad del lector, se encuentran multitud de interesantes episodios de su atrevido viaje, del cual obtuvo solamente honra científica, pues se halló muy distante de alcanzar ventajas materiales.

Después de haber permanecido algun tiempo en Fahlun, donde apuró con creces el cáliz de la amargura, pasó á la ciudad de Hamburgo, en la que un rico comerciante le confió la direccion de su jardin. No podía existir á la verdad ocupacion más de su agrado: vivir rodeado por los encantos de las flores, contemplando sus vivísimos matices y el suave perfume que sus corolas exhalan, es grato á todo el que sienta algun entusiasmo por lo bello; pero cuando esos objetos se observan con el criterio de la ciencia, entónces se los puede apreciar en toda su grandeza y elevarse á las puras regiones de la abstraccion filosófica. Pudo en esta época Linneo hacer un especial estudio de las plantas intertropicales, y procurar la florescencia de algunas, á fin de

apreciar su organizacion de un modo exacto, y poco después recibió el grado de doctor en Harderwick.

Por entónces hizo Linneo un viaje á Inglaterra, de cuya acogida científica no quedó muy satisfecho; pero en cambio Bernardo De Jussieu le recibió en Francia con toda la consideracion que su talla científica merecía, saliendo ambos botánicos á diferentes excursiones herborizadoras, cuyos notables trabajos se consignan con gloria en la historia de la botánica. Vuelto á Suecia, comenzó á ejercer la medicina en Stocolmo, y no bien hubo nacido la Academia de Ciencias de esta ciudad, cuando le nombró su presidente, como si quisiera personificar en Linneo toda la reputacion y el nombre de aquella colectividad.

La envidia, sin embargo, atormentó con sus agudos dardos en multitud de ocasiones la existencia de Linneo. Es muy difícil levantarse sobre la generalidad sin que se mortifique á los que se hallan en derredor del que rompe el hielo de la glacial indiferencia con que son miradas las medianías, pero él supo arrostrar todas las tempestades que se cernían en torno suyo y aniquilar á sus enemigos en fuerza de laboriosidad y de talento. Cuanto mayor era el empeño de atormentarle, contestaba desde su cátedra de botánica de Upsal derramando raudales de ciencia y llevando á escuchar su palabra multitud de discípulos de diferentes países, que durante siete lustros acudieron á oír su respetable y elocuente palabra. Sus obras fueron de grandísima importancia, por llevar impreso un sello de originalidad, un mérito tan superior y tan indudable, que han merecido ser traducidas en todos los idiomas y mirarse como imperecederos monumentos científicos.

Era de pequeña estatura, de franca y expresiva mirada, de genio vivo, en ocasiones violento, sóbrio para sí y pródigo para sus amigos, entusiasta amante de los naturalistas, generoso para sus ofensores, y en el vestir descuidado.

Linneo murió el 10 de Enero de 1778. Los destellos de su inteligencia viven en sus libros, donde se ve al naturalista y al filósofo, al hombre de genio generalizador y de talento sintético. Dejó cuatro hijas y un hijo, que llevó dignamente su nombre. El *Sistema de la Naturaleza* es, á no dudarlo, la obra que ha inmortalizado á su autor. La inmensidad de objetos que forzosamente tiene que describir el naturalista, haría de todo punto imposible que el entendimiento humano los abarcase si su estudio no se metodizara. De aquí, por consiguiente, que el método, tan necesario en toda ciencia, sea indispensable en la Historia natural, y las clasificaciones en la misma constituyen una parte interesantísima de su estudio. A Linneo corresponde el adelanto en el mismo de un modo extraordinario. Ya desde fines

del siglo XVI se conocía un sistema botánico iniciado por Cesalpino, fundado en algunos caracteres del fruto y la semilla; pero la falta de claridad que en el mismo se advierte fué la principal causa de no popularizarse y que sólo haya pasado á la historia de un modo fugaz. Más tarde, Magnolio, Morisson, Cristóbal Knautio, Federico Cessi, Hermanno y Rivino, dieron á conocer otros diferentes sistemas para distinguir las plantas, pero al finalizar el siglo XVII, en 1694, Tournefort dotó á la ciencia de un sistema que fué acogido con aplauso, y cuyo éxito justo, es decir, que fué merecido, por lo cual dominó el primer tercio de la pasada centuria. Linneo publicó en 1737 su sistema sexual, disipando las confusas ideas que en bótanica existían, como el sol hace desaparecer por completo las sombras de la noche. La originalidad del importante papel que hace desempeñar en sus clasificaciones á los órganos sexuales de las plantas, le pertenece, si bien hay otros autores, como Burckard, que ántes hicieron relativamente á este asunto algunas indicaciones, pero no consta que tuviera Linneo conocimiento de las mismas.

La nomenclatura botánica se fijó de un modo preciso desde la época del gran naturalista sueco, con la claridad en el lenguaje, la exacta distincion de las especies y variedades, la determinacion de algunos géneros, todo sometido á su sistema sexual, que vino á satisfacer exigencias cuando ya eran insuficientes los anteriores trabajos, hasta las *Instituciones* de Tournefort.

Sabido es que Linneo dividió todas las plantas en 24 clases, para cuya division atendió á las circunstancias siguientes: perceptibilidad de los órganos sexuales, reunion ó separacion de los mismos en cada una de las flores, libertad ó adherencia entre los órganos masculinos (estambres), igualdad ó desigualdad de los mismos, determinacion ó indeterminacion de su número y la insercion de los mismos. Este sistema es digno de la mayor consideracion y respeto en la actualidad, á pesar de lo mucho que la ciencia ha progresado y de los profundos cambios que ha sufrido desde la época en que el sistema sexual se dió á luz. No merece ciertamente las censuras que algunos le han dirigido con más pasion que conocimiento. Tiene defectos, como indudablemente ha de tenerlos una clasificacion artificial ó sistemática, pero el mismo Linneo los confesó con ingenuidad, porque no podían ocultársele á su claro ingenio. Conocidas son, en efecto, las anomalías que muchas plantas nos ofrecen en el número de sus estambres, y de aquí la confusion que es natural ha de ocurrir cuando en un momento dado se trate de clasificar un vegetal de los que se encuentren en el caso indicado. El exámen de la primera flor abierta, que recomendó el mismo Lin-

neo, no basta en ocasiones para vencer las dificultades que al determinar las especies se presentan.

Así es que ya este mismo naturalista manifestó las grandes ventajas que ofrecía el método natural, y por eso á los que se empeñan en preferir á todo el sistema sexual, puede con razon sobrada calificárseles de más linneistas que Linneo. Por eso decía este sabio botánico, que el método natural es y será el último fin de la bótanica, y que él trabajó incessantemente por encontrarlo, áun cuando no tuvo la satisfaccion de darle cima, sino de fundar sus bases. Tambien aseguraba que sólo los botánicos de primer orden son los que podrían alcanzar tamaña ventura, cuyo logro estaba del todo vedado á las medianías. Giske, predilecto discípulo de Linneo, publicó en 1792 los fragmentos del método natural que el gran naturalista propusiera, siendo de admirar en esta como en todas sus obras las huellas imperecederas del superior talento intuitivo de su ilustre autor.

*La Filosofía botánica* se publicó en 1751, y es una fehaciente prueba de que las ciencias naturales pueden inspirar las más altas concepciones de la inteligencia, elevándose á las más abstrusas ideas. En efecto, ¿sobre qué puede discurrir la humana razon con más fundamento que acerca de la tierra sobre la cual sus plantas huellan, de los vegetales que esmaltan su superficie, de los seres animales que la pueblan, de la atmósfera en que vivimos y de todo lo que forma el planeta que habitamos? Pues bien: la filosofía de las plantas fué el objeto de otro de los libros legados á la posteridad por el gran Linneo, que ha merecido ser calificado por Rousseau de la obra más filosófica en su época conocida, que ha servido de norma á botánicos de otros países y vertido á nuestro idioma por autorizadísimas y doctas plumas. *El sistema de los vegetales* y *La Filosofía botánica* fueron traducidos por D. Antonio Palau, el cual prestó un verdadero servicio á la ciencia al querer honrarse colocando su nombre al lado del gran botánico.

Los aforismos que brotaron de su ingenio los conserva todavía la ciencia, y algunos son de grandísima importancia en sus aplicaciones á la medicina y sus diversas ramas.

Como hizo tan profundo estudio sobre toda la ciencia de las plantas, no puede dar un paso en la misma sin tropezar en multitud de ocasiones con trabajos debidos á la iniciativa de Linneo. En los herbarios, ó sea colecciones de plantas desecadas cuidadosamente para poder estudiarlas, y en las herborizaciones, ó sean las excursiones científicas que se practican con el objeto de recolectar vegetales, Linneo consigna curiosos preceptos que son sumamente útiles y que hará bien no dar al olvido el que se dedique á este género de trabajos. Llamó

poéticamente sueño de las plantas á la diversa posición que las hojas de algunas adquieren en determinadas horas; y el nombre de la hija de Linneo figura en los anales de la botánica á consecuencia de haber observado por vez primera la fosforescencia en ciertos vegetales, sobre todo en aquellos que ofrecen un color amarillo ó anaranjado, cuya observación ha servido después de base para verificar algunas interesantes ampliaciones en el mismo sentido que han venido á ilustrar la fisiología botánica. Por eso se sabe hoy que las noches del estío, sobre todo cuando existe acumulada en la atmósfera mucha electricidad, son las más propias para que algunas flores de color más ó menos semejante al amarillo aparezcan algún tanto luminosas.

Los olores de las plantas también los clasificó Linneo, cuya clasificación ha sido aumentada por otros autores, pero sin rechazar las ideas admitidas por aquel.

Son muy dignos de atención los trabajos de Linneo en la clasificación zoológica, y todavía hoy se consignan en la ciencia con el respeto que se merecen, sin embargo de que los inmensos progresos de la anatomía y fisiología comparadas han cambiado en su totalidad las ideas predominantes en la época en que dió Linneo su clasificación de los animales, por cuyo motivo tiene solamente cabida en la historia zoológica.

Otros diversos resultados pudieran consignarse del talento y laboriosidad del gran Linneo. Bastan, sin embargo, á nuestro entender, los ya enunciados, para que pueda el lector formar aproximada idea de una de las figuras más elevadas que puede registrar en sus anales la historia de uno de los ramos del trabajo intelectual. Su nombre se halla rodeado de una aureola cuyo fulgor jamás podrá apagarse.

JOAQUIN OLMEDILLA Y PUIG.

## ILUSTRACIONES

Á LA

DISPUTA ENTRE UN BURGALÉS Y UN VIZCAINO  
SOBRE LA LEALTAD, HONRA, HIDALGUÍA Y LIMPIEZA  
DE CASTELLANOS Y VASCONGADOS.\*

EL BUHO GALLEGO.

Al Conde de Lemus se le atribuye el folleto que con éste título fué publicado á principios del siglo XVII, sobre el cual dicen los Sres. Zarco del Valle y Rayon, en su biblioteca, que el erudito don Bartolomé José Gallardo sólo conoció un ejemplar incompleto. Tres copias manuscritas se encuentran

\* Véanse los números 125, 126 y 126, págs. 9, 86 y 112.

de él en la Biblioteca Nacional, y una en la del Real Palacio. De los de la Nacional lleva uno por título: *Historia del Buo gallego, con las demas aves de España*, sacado del archivo de un curioso, por D. Juan de Reynoso y Toledo; y el otro, que es el que á continuación se inserta, dice así:

EL BUO GALLEGO CON LAS DEMAS AVES DE ESPAÑA HACIENDO  
CORTES.—PRESIDE EN ELLAS EL ÁGUILA REAL, COMO IMPERIAL  
SEÑORA DE TODAS.

Érase un día de Abril florido, al tiempo que la estrella Diosa, vencida con la lucha de la aurora, caminaba á los fines del ocaso. Entónces los no enseñados pajarillos, en tonos no acordados, cantaban melosa, aunque confusamente, el triunfo de la vencedora; y ella, más penosa de haber dejado el tálamo de su dulce amante, que gloriosa del vencimiento presente, sin cesar derramaba tiernas lágrimas, que al mismo tiempo su consorte convertía en perlas y fino aljófara. Venía, pues, el apuesto jayán subiendo el recuesto del Oriente, culpando su tardanza por el lento paso del toro, en que caballero había dado tres vueltas á la esfera: sus dorados rayos servían de clarines, que en los más altos fines de las sierras plateaban robies y doraban peñas; con estas voces mudas pregonaba su llegada. A este tiempo el Buo gallego, cansado de las largas y espaciosas y lóbregas noches del frío del invierno; pensando tener algún descanso en tan alegre día, se salió al soto del humilde Manzanares, asaz bien descuidado, sin ser de nadie visto, sacudiendo sus alas del umido rocío de la noche; desde lo alto de un álamo le descubrieron una manada de tordos ó sanchicos que en él estaban en vascuence; ora fuese envidiosos de que el Buo hubiese madrugado ántes que ellos, ó invidiando otra virtud más heróica que acaso conocían en él y no les estaba bien confesarla, ó por lo que ello fuese, ellos se derramaron por el prado y convocaron á las demás aves de España á que con razón ó sin ella le obligasen á dejar el prado, las cuales por el amor que á los tordos tenían, con facilidad confusamente se resolvieron, y juntas de tropel le acometieron con furia francesa, pensando de aquella vez no dejalle cañon. Nuestro Buo, reportándose lo que pudo, requirió sus armas, y afirmándose en buena postura resistió aquel primer ímpetu, y cuando vió que estaba aplacado y en términos de poder con razones mostrarles la poca que habían tenido en quererle ofender, y que no solamente no les había dado causa para ello, pero hécholes siempre muy particulares beneficios dignos de perpetuo agradecimiento, limpiando y guardándoles sus tierras, echando de ellas las árabes, y africanas aves en tiempo que las tenían ocupadas y puestas en extrema necesidad, les convenció con buenas razones á que le escuchasen, y

haciéndoles un largo parlamento de las causas que había para que en vez de aborrecerle le venerasen y reverenciasen, no sé si viéndose atajadas y corridas de lo hecho, porque el Buo les probó haber en su beneficio hecho bienes tantos que con ninguna cosa le podrían remunerar, buscaron camino (aunque muy avieso), para salir de tantas obligaciones, y haciendo pleito el caso sin fundamento de razon ni derecho, le metieron á voces y de cada una de palabra fué calumniado el Buo; no recitando virtud ninguna que en él hubiese, y determinaron que cada una de ellas por sí y en nombre de su patria le capitulase, y que el Buo satisficiera por escrito. Este acuerdo al Buo le estuvo muy á cuento á lo que mostró en su semblante, y así olvidadas de las armas, desterrada toda cólera, se sentaron á la sombra de un chopo frondoso, y rodeando al *Buho Gallego* un *Tordo vizcaino*, un *Cernicalo navarro*, un *Cuco aragonés*, un *Milano catalán*, una *Mirra de Valencia*, una *Golondrina de Murcia*, un *Pavo Andaluz*, un *Silguero portugués*, cerraron el corro. El *Ganso castellano* y el *Sison manchego*, como dueños del prado donde se hallaban, se sentaron dentro del corro, de manera que estaban en posesion del Buo. Que quien así las viera juntas aquel día le pareciera era Junta de Cortes; y á la verdad mucho se le parecia, porque estas aves, como dije, tomaron cada una la voz de su patria, para solo acusar al Buo por salir de la obligacion que les probó tenerle. Él agraviado de esto deseoso de sacar de tinieblas la sinrazon que sus émuloş tenían para aborrecerle, primero que entrasen en disputa particular, á todas en general les dijo, que si había entre tódas alguna que fuese de su bando, ó por lo ménos se hallase desapasionada sin legítima causa de aborrecerle; y á la verdad, aunque estaba cierto que ninguna la tenía, esta pregunta hizo el Buo para si alguna de ellas se mostrase desapasionada, hacella Juez de la causa. Todas ellas un ánimo y conformes respondieron que no. No penseis, dijo el Buo, que poco ufano quedo de esa respuesta porque me da nuevos brios á ascender á mayor presuncion, porque no hay cosa que más pregone y descubra la virtud que la invidia y aborrecimiento; y cuando no se hallara otra razon para probaros que á todas os soy superior, sola ésta era bastante; porque á la verdad nunca son invidiados los súbditos flacos, tímidos, los humildes, mal vestidos y contrahechos, sino aquellos que ocupan altos lugares, ó tienen por razon de más nobleza, antigüedad y limpieza más accion á ocupallos; y aunque en esta parte os pudiera traer muchas consecuencias, basta la que tenemos entre manos que no me podreis negar que la nacion española de todas es la más aborrecida y odiada no pienso que ignorais la causa però de nuevo quiero referiros la de la manera que aquí vereis:

De las partidas del mundo, la mejor es sin duda Europa, figurada por una piel de toro, y de Europa la mejor provincia es España, que es la cabeza del mismo toro, cuyo cabo es Finibusterre, en Galicia, cuya verdad es bien notoria á los cosmógrafos: desta ventaja que hace esta provincia á las demas del mundo en temple, en valor, en riquezas en dominio, que le tienen los naturales de ella en la mayor parte de todas las demas, de la potestad con que las van señoreando, de la poca estimacion que hacen de las demas naciones, del valor supremo que reconocen todas en ellos: de esto, pues, nace, como digo, este aborrecimiento de los españoles por todo este hemisferio. Ahora, pues, dijo nuestro Buo; si España por ser la cabeza de la piel, que significa Europa, es la mejor de ella, por la misma razon se sigue que Galicia, mi patria, es la mejor de España por ser cabo y cabeza de esta cabeza; y si averiguamos más esta verdad de las provincias de España á imitacion de las demas de Europa, ninguna hay tan aborrecida como la gallega, como lo mostrais en el acto presente; tanto, que algunas de vosotras, sintiendo hablando, imitando á los moros en aquel su adagio antiguo que es harto de llorar permanezca en vuestras tierras semillas que en ella sembró aquella pestífera secta, soleis decir con ellos «*antes puto que gallego*»; en que dais á entender que aborreceis ménos este vicio que la nacion gallega. Que los moros lo digan no causa admiracion por ser entre ellos el tal vicio virtud; el mayor enemigo que tienen á su secta es el cristiano, y en este modo de hablar dan á entender que ignoran hay otros cristianos que los gallegos, y esfuerza más esta verdad que cuando cautivan algun español, el que confiesa ser gallego, pocas veces le reservan la vida, y en esta parte no podremos decir que los matan por gente inútil, no los reservando para esclavos por ser la más robusta de España; ántes hemos de creer es por aquel aborrecimiento antiguo que les cobraron desde que probaron con ellos sus aceros, y ese es tu mayor enemigo que más mal te hace, de donde se seguirá que todos los que fueron deste parecer de los moros serán de su casta y deendencia, ó por lo ménos no españoles, que á serlo forzosamente han de decender de gallegos, montañeses, asturianos, porque aquel diluvio de alárabes y africanas aves solas estas tierras dejaron de innundar; así que, por todo lo dicho, queda probado que el Buo gallego de todas las demas aves desta Junta es el legítimo y verdadero español; y quien más derecho tiene á este nombre. Esta conclusion les fué tan amarga á todas, que si no llegara á esta ocasion el Aguila desde los peñascos de aquella Real prosapia y decendencia de Austria á presidir en aquella Junta, pienso que todas cerraran con ímpetu, coraje y furia y saña con el

pobre Buo, y no le dejaran cañon; tanto como desconsuelo infundió en el Buo la venida del Aguila á tal ocasion, por el contrario, en las demas aves se estampó una tristeza y asombro increíble, por no poder ejecutar su intento: estuvo á este acto tan en sí el Buo, que ni alegre ni triste hizo ningún movimiento de los que las demas aves hacían. Bien penetró con su clara vista el Aguila Real sus intentos, y por no mostrarse apasionada á todas mandó que, con el respeto á su persona debido, alegasen y dijese de su justicia, que la daría á quien la tuviese: entre ellas pasó la palabra susurrando, en secreto, y á lo que se entendió, sintieron mal de la asistencia del Aguila en aquella Junta, porque repararon que en tres cosas principales de su cuerpo, que no traía otras descubiertas; el Buo se parecía más al Aguila que ninguna de las demas aves, como era en pico, uñas y ojos, le parecía que también sería lo mismo en el interior; y por esta razon, y también porque con su vista no les encendiese más la cólera y les atajase con razones primero que conociesen la respuesta, pidieron encarecidamente al Aguila que mandase salir de allí al Buo y se le nombrase un procurador como otras veces se había hecho por otros reyes antecesores suyos. A esto respondió el Aguila que si prudentemente hubieran considerado que en ninguna caza Real de volateria se excluye el Buo, no le mandaran salir siendo el ave más importante, y que en nombralle procurador sin su consentimiento no le habían hecho justicia, y que solamente había venido á hacerla, y lo era que el mismo Buo por su persona defendiese su misma causa, y que en negocio de tanta importancia no se debía fiar de procurador; así que, sin réplica, prosiguiesen en lo comenzado. Esta denegacion tuvieron las aves de la Junta, y bien quisieran dejar la definicion de aquel caso para otra ocasion sin perder el respeto á Aguila; mas entendiendo su determinada voluntad, acordaron que Juancho Garibay, vizcaino, por más querido de todas, en su nombre generalmente capitulase al Buo, que cada una de ellas en particular haría lo mesmo por su patria. Regocijóse mucho Sancho Garibay por la eleccion que dél había hecho aquella Junta, y limpiándose el pieo, olvidado de aquel adagio antiguo «al buen callar llaman Sancho» (ó santo, dándole equívoco sentido); habló desta manera:

Invicta Reina de las aves deste imperio, sólo si con atencion diéredes oído á mi oratoria y causa que tiene esta noble Junta para aborrecer y procurar la expulsion del Buo, no solamente de las Juntas adonde tu real persona asiste, pero de todas tus provincias, espero el debido premio, que será la ejecucion de mi intento.—Prosigue, dijo el Aguila; y el Tordo, juntando el cabo del último acento al principio del que tenía formado en su pico, dijo:—El Buo,

por ser ave nocturna, enemiga de la luz, de abominable pluma y traje, cuando otra causa no hubiera, no merece asiento en parte que las aves diurnas de rico y cortesano traje, de suave y agradable vista, limpias y apacibles, que se sustentan de granos puros y públicamente festejan y acompañan á Vuestra Magestad, adornadas de lucidas galas, con que más pregonan su grandeza, que tan bien se conoce en la que tienen sus súbditos; cosas todas de que carece el Buo, criado en las cavernas de las montañas de Galicia, tan tosco en su modo de orar, que no tiene palabra bien sonante ni pensamiento que á cosa de valor aspire.—A esto el Buo, que presente estaba, quiso interrumpir la plática, y el Aguila con mirarle le mandó callar, y ella misma dijo al Tordo:—No me parece que es mal pensamiento el del Buo, pues aspira al nombre de legítimo Español: mirad lo que alegais, que si no me sirve en festejarme y acompañarme en la corte, mejor me sirve en los lugares ásperos, puestos en muchos peligros, bien desviada vida de las delicias de la corte, y para allí no valen galas. (Prosigue con esto y no hubo nada que de en el Buo y Juancho paso adelante: diciendo, como criado el Buo en los pantanos y cenegales de su tierra y en las destas aves, cada dia ejercitan oficios indecentes, limpiando los campos, limpiando cetrinas y otras cosas asquerosas por cobdicia de un Real que se les da por escurecer al Buo.—Dijo el Aguila:—Me le pintais muy amigo de limpieza. Y prosiguiendo el Tordo, dijo tantas cosas en oprobio del Buo, que sería el contallas nunca acabar; finalmente concluyó diciendo:—Así que, Señora, no conviene á tu grandeza que ave tan baja y pobre no solamente aspire á pretender nombre de legítimo y verdadero español, como ha intentado en esta Junta, pero sea privado de asiento y asistencia en las Juntas do tu Real persona asistiere y sea excluido de todas tus provincias.

—Bien te he oído, dijo el Aguila; pero para determinar este caso debo oír al Buo, por si satisface á tu acusacion ó si la consiente, y fia de mí que daré la justicia al que la hubiere. Y volviendo los ojos al Buo, que con su modestia estaba en silencio con las demas aves de la Junta, le dijo.—Quien calla consiente. Vos, Buo, ¿cómo os tardais tanto en responder á esta acusacion, pasais por ella?

—No, señora, dijo el Buo; pero estaba suspenso, pensando si tendría alguna de mi parte que volviese por mí en caso que por tomar tanta licencia como el Tordo fuese necesario acudir á las armas; pero pues no hay nadie, fiado en el amparo de Vuestra Magestad y fuerzas de mis uñas, osaré decir lo que agora se me ofrece contra la calumnia que Juancho Garibay, vizcaino, me ha puesto, de quien estoy cierto no podré ser vencido más que en palabras, y porque las suyas son de tan poca sustancia

que no concluyen ni prueban contra lo que tengo dicho, bien quisiera, por lo que á mí toca, no cansarme en responder; pero por ser negocio que alcanza á toda mi provincia, con vuestra licencia imperial, señora, y respondiendo á su calunia lo más blando que pueda, que nunca tuve ánimo de mostrarme bravo con aves tan humildes y de tan chicas fuerzas como es Juancho Garibay, y ante todas cosas protesto que si de mi respuesta resultare la pena debida á su mal pecho, no se me pueda culpar de mal intencionado, y me huelgo que de mí no haya salido empezar á decir mal de ninguna nacion ni he sido el movedor desta pecina. De mis viñas vengo, y digo pues en cuanto á la acusacion principal que los Buos por ser aves nocturnas no merecen asiento en las diurnas, de su razon saco tocarme el primer lugar, pues todo el tiempo sólo yo y las demas aves le partimos igualmente, cabiéndome á mí siempre el más peligroso y de más trabajo, llevando la carga de limpiar, rondar y velar las lóbregas noches sin esperar ayuda de otra ave alguna: y si al trabajo se sigue el premio, á mí solo se me debe tanto como á todas las demas juntas en rigor, y aunque desto pudiera tener alguna queja destas aves, más siento el desalumbramiento que han tenido en nombrar á Juancho por su procurador, pudiendo serlo otra ave que fuera natural española.

Como esto oyó Juancho Garibay, turbado y desalumbrado (olvidado del acatamiento debido á la persona Real), sin pedille la licencia acostumbrada, interrumpiendo la plática, furiosamente alzando el chillido, dijo:—¿Luego yo no soy español?

Reyéndose nuestro Buo, con mucha flema le dijo:—¿Agora lo ignoras?

Sancho alborotóse mucho más; y le dijo el Buo:—No pienses que es ficcion mia, mas sosiégate que yo te encaminaré donde salgas desta duda. Habiendo precedido de su parte la cerimonia acostumbrada, empezó diciendo, puestos los ojos en el Aguila:—Marco Orologio, autor antiquísimo italiano, que escribió de las provincias de Europa, de sus naturales, de sus habitantes, de sus derivaciones, en uno de sus libros, tratando de la de España (L. 3, C. 17) dice estas palabras:

«Cuando los godos vinieron á ocupar á España, trajeron consigo mucho número de esclavos judios que la mano vencedora de Tito Vespasiano reservó de la muerte cuando destruyó á Jerusalem, á los cuales el mismo Tito dió el nombre que les convenia de Bizecaynes por imitadores de Cayn que por envidia mató al justo Abel su hermano, y ellos por ella al verdadero Abel Nuestro Señor. A estos esclavos nombraron con este nombre los mismos godos, viniéndose sirviendo de ellos, para que les labrasen y beneficiasen las armas y otros pertrechos ne-

cesarios para la guerra. Despues que estos godos ganaron á España y la señorearon pacíficamente dándola leyes, tomaron modo por razon de estado como expeler de entre sí á estos esclavos judios; por hallarse dellos bien servidos, quiriendo por esto reservarles las vidas, les señalaron tierras en que vivir aparte, y pusieron graves penas no hablasen en lenguaje de los nobles godos ni en otro que el suyo, ni saliesen destas tierras que les señalaron, que fueron unas asperísimas montañas á los confines de España que la dividen de la Galia, mandándoles se diferenciassen en trajes y vestiduras de los nobles godos; pensando que la aspereza de aquellas montañas fuese parte para los acabar, porque en ella solamente se conocia hierro por fruto y no otra cosa, que es lo que hoy dia les sustenta, y les obligaron á que todos ellos lo beneficiassen y desde España les inviaban el sustento.

Estos Bizecaynes dieron nombre á estas montañas de Bizeaya, y hoy se conservan en él y en lenguaje y hábito diferente de todas las demas naciones de Europa en todo y en parte, cosa que no se halla en ninguna otra nacion. La causa fué porque en muchos años no han podido salir destas montañas, ni otra ninguna nacion les consintió entrar en su tierra. Tuvieron muchos años la Ley de Moysen, su Mezquita, Rabi y sacerdote, como lo testifican hoy en dia no sin gran misterio de los cielos los nombres de los pueblos donde tuvieron sus asientos; llamándose Amezqueta el lugar de la mezquita ó sinagoga, y Aro el del sacerdote Aron, del nombre de aquel antiguo de su ley, y Fuente Rabi el de rabi, á imitacion debió de ser, porque le fundaron como en Castilla Fuente el Maestre porque le fundó un maestre de Santiago. Continuaron siempre aquellos ejercicios á que fueron compelidos á usar, y hoy dia labran todo género de hierro, lanzas, dardos y otro género de armas, barcas, naves y otras cosas que les enseñó la necesidad en más abundancia que en lo restante de toda España.»

Hallóse el Tordo como atajado con el texto y autor citado y con la fuerza de la razon que daba en el modo, en el tiempo, esforzada con las costumbres y etimologías, ignorando qué decir, rebentando por hablar sacó de su pechezuelo un mal parto sin dias, que así se puede llamar, pues tan mal se le lució, diciendo:—¿Cómo es posible, invicta Reina, ser verdadera la autoridad que alega el Buo, si de la tradicion antigua de Vizcaya consta lo contrario, que se tiene por cosa asentada que ducientos años ántes que Cristo viniese al mundo y trecientos despues, como otras naciones traian por armas una sierpe ó un leon, traian los vizcainos una cruz ? Con licencia de Vuestra Majestad, dijo el Buo:—No sé que contradiga lo que dice Juancho Garibay á lo que dice Marco Orologio, autor grave y antiquísimo, ántes

bien se compadece con su autoridad y hace más en daño de Juancho y de su república.

—Vos errastes el adagio, dijo el Águila al Tordo.—Y el Buo prosiguió:

—Así que si ántes que Cristo viniese al mundo traían por armas la , se sigue en que ya eran gente afrentada, porque en aquel tiempo la  era ignominia como en éste la horca: y que la trajesen ducientos años despues de la venida de Cristo, tampoco contradice á la dicha autoridad, ántes pienso fueron muchos más, y se ha de entender que los nobles godos les obligaron á que la trajesen todos, como agora los cristianos á los penitenciados por el santo oficio de la Inquisicion, y los vizcaynos la han traído hasta que vino sobre los godos aquel casi general diluvio de árabes y africanos, que entónces tuvieron lugar de quitársela y trocárla por dos cabrones ó cabras que hoy son las armas de Vizcaya y de la mayor parte de sus naturales. Y entónces tuvieron lugar estos bicecaynes de salirse grandísimo número destas montañas y asentar en toda Castilla, Mancha y Andalucía, donde perseveraron en sus ritos, hasta que la católica Majestad del rey D. Fernando les expelió de su corona y se acogieron á la de Portugal, y entónces por agradar á los moros y tener paz con ellos, fundaron mezquita en Vizcaya. Confirma esto la mudanza de armas é insignias que tuvieron y tienen, que si por devocion trujeran la Cruz la conservaran, como en mi patria Galicia, que no una sino seis adornan y orlan el escudo de la custodia del Santísimo Sacramento que tiene por armas aquel antiguo, cristianísimo, en memoria de que nunca faltó desta tierra, desde que la primera vez en tiempo de los sagrados apóstoles se celebró. También confirma la autoridad de Orologio la opinion de los vizcaynos que á imitacion de los hebreos mosaicos no han querido sujetarse á Rey ni tenerle.

—Cese ese coloquio, dijo el Águila, que me parece largo y se nos acaba el día: quede señalado otro en que se acabe la determinacion desta disputa; y ninguna fuerza deste lugar sea osada á tratar deste caso.

Esto dijo el Águila, y juntos, ella y Febo iban dejando el prado, y al salir de todas las demas aves, el Milano se la juró al Buo alzando el pié derecho y tendiendo la garra, le dijo solamente *catalauña*: con la mesma brevedad le respondió el Buo en su lenguaje gallego *catala an*. Y así, sin pensar, por los dos fué declarada la etimologia del Milano de Cataluña y de sus catalanes.

El Pavo andaluz con arrogancia, viéndose á escuras, vuelto el rostro á Oriente,—dijo con despecho—*Anda luz*: y ¡ay! este fué desta junta el último acento, y quedó acordado que el primer día señalado en este lugar mismo, segunda vez fuesen con-

gregadas todas las aves que hoy se hallaron presentes á la determinacion del artículo sin faltar ninguna, que su Majestad se hallaría presente sobre que se ha celebrado esta Junta (1).

### Segunda Junta.

Su nevada cabeza de oro coronaba Guadarrama, y Febo con su vista apriesa desterraba de nuestros orizontes las tinieblas, y el verde soto del Patron de España de perlas y aljófar sembraba la mañana del día que Orfeo se acompaña al recibir de el lauro con Felipe. En este día, pues, al pié del chopo mismo do celebrada ha sido ya la Junta pasada, segunda vez se hallaron ya las aves congregadas, sin que faltase más que una, por nombre Juancho Garibay, bizcayno, de quien dicho se había fingiéndose enfermo por huir al Buo al rostro y no verse con el colorado; estando plena la Junta en cónclave, invió á escusarse. Nuestro Buo estaba neutral sin comunicar con ninguna, aguardando, cual si fuera uno de los santos padres, el advinimiento; y cuando ménos le esperaba oyó un manso ruido que del áustro sonaba, y tendiendo la vista de sus hermosos ojos vió que de la parte diestra volando con rostro alegre venía el Águila Real. Tuvo á buena dicha nuestro Buo ser el primero que había descubierto tan dichoso agüero, y por él se atribuyó la buena fortuna que se prometia, y en un instante modesta y soberana se mostró en medio de la Junta, y componiendo sus Reales alas ocupó su asiento; y habiendo referido el Secretario los últimos acentos de la pasada Junta, mandó su Majestad se prosiguiese, porque pensaba este día dejar determinado el caso, y por faltar, como hemos dicho, el Tordo vizcayno, con que todas se habian descuidado del estudio de su acusacion, ninguna se atrevió á ser la primera, y mirándose unas á otras, á todas, como dicen les tiembló la barba.

Y por no determinarse ninguna dijo:—Páreceme que esta vez por tuyo queda el campo, pues por falta de Juancho Garibay ninguno osa entrar en lid contigo.

A esto respondió el Buo (con más licencia que debiera):—Yo quiero, señora, obligarlas á todas á que digan de mí todo lo que sintieren, y porque, á la verdad, en lo sustancial yo me hallo superior á todas, las daré causas bastantes con que declararles las etimologias de sus nombres, que no sin gran misterio se lo dió el Poderoso autor de la naturaleza: y pues quedó comenzado este artículo en la pasada Junta, no será fuera de propósito proseguirlo ahora, con vuestra licencia, desde los últimos acentos en que quedó determinado.

(1) En el manuscrito de la Biblioteca nacional, signado Ee-156, termina esta primera parte diciendo: *Fecha ut supra: pasó ante mí Inigo Revulgo.*

—En buena hora, dijo el Águila.

Y nuestro *Buo*, con arrugada frente y encarnizados ojos, metiéndose en cólera, vuelto á la Junta, dijo en alta voz:—Lo que tengo dicho de las etimologías del *Tordo* bizcayno, del *Milano* catalan, del *Pavo* andalúz y de las demas, es la misma verdad en que me afirmo, y porque deseo no tener agradecimiento á ninguna de que no me haya acusado reparen que va de etimologías; y pues el *Cuco* aragonés me está mirando de hito en hito digo:—Que *Cuco* es lo mismo que *Coco* y suena peor en lenguaje gallego refiriendo su nombre, y viene bien con sus costumbres y como para acobardar á un inocente le solemos decir: «guarda el coco;» así las humildes aves huyen desta perversa que sólo se sustenta de sangre y sudor ajeno, comiendo á las cuitadas sus polluelos en los huevos; y no se contentan con esto, pero con engaño les hacen que les crien y alimenten los suyos por redimir el trabajo de la crianza. Aragon y haragan no difiere en nada, y por lo dicho, con razon viene á ser lo último porque esta nacion por perezosos y haraganes, en su patria consintieron las árabes y africanas aves en sus perniciosos ritos más de ochocientos años, porque les daban el sustento y hoy dia carecen dél por haberles deshechado V. M. aquella maldita peste de su patria de quienes eran señores á mal y bien dar y nunca usaban del bien.

El *Milano* catalan, ave de rapiña de quien en la pasada Junta quedó dicha su etimología de su natural inclinacion y de las obras de sus catalanes, déjase bien entender cuán bien con su nombre conviene; y por esta razon pasaremos al *Cernícalo* navarro, que es lo mismo que cierno y callo; cosa que esta nacion hacia de ordinario, de Norte al Sur cerniendo de Francia á España, ya frances, ya español, si bien se dice que en cualquier corazon de navarro se halla estampada una flor de lis, bien se ve que el ejercicio desta ave conviene con el nombre que continuo en el aire está cerniendo con las alas en mucho silencio, y así le cuadra el nombre de *Cernícalo*, y ave de naturaleza móvil que no puede tener asiento con las que lo pretenden.

A las *Mirlas* de Valencia, preguntó un capitán suyo que vencidas de cristianos las dejaba y se acogía á África, que si quería algo para allá; y una por todas, no osando á declararse por temor de los vencedores, le dijo su intencion incubierta en su mismo nombre *quiero me irla*, como si dijeran que no quería otra cosa sino era irse allá con él. Bien mostraron este deseo en todas las ocasiones que se les ofrecieron con árabes y africanas aves, pues siempre se hicieron de su bando; y Valencia es lo mismo que Valanza: bien lo comprueba aquel antiguo romance, que dice:

¡Ay Valencia, ay Valencia!  
de fuego seas quemada,  
seis veces fuistes de moros,  
seis de cristianos ganada.

Acomódase esto á su natural inclinacion, aves regaloncitas, de ramo en ramo y de flor en flor, que no son para frio ni para calor, sólo campean y cantan á las mañanitas y tardes del verano, y eso, no fuera de las dilicias de las huertas y jardines de que hay abundancia en su patria, y con una florecita en el pico se sustentan todo el año. Lástima es hacer mal á las *Mirlas* que no lo saben hacer á nadie.

Pasemos á la *Golondrina*, que aunque una no hace verano, hay muchas en Murcia: aunque es verdad que estas aves son africanas, á mí no me han hecho mal, ni por esta razon pueden hacerlo en mi pretension. La verdad es que en tiempo de frio de rigor y de trabajo, no se encuentra acá ninguna; allá se van á su patria y siempre nos traen buenas nuevas de que viene el verano, consigo se tienen al gran *Buo* de los Velez y otros muchos de mi tierra, con quien se lo habran á solas. El *Silguero* portugués es mi vecino, y los finos salieron de mi patria; y ántes dél recibo gusto que daño alguno, porque me entretienen con sonoros pasos de gargante, es músico, y los tales antes deleitan que enfadan. No digo esto para tenelle grato, que licencia tiene para decir lo que supiere, si bien estoy cierto que los que desta nacion dijeren mal y de la mia serán aves mosaycas, y las que no, si lo hicieren, dirán de sí más.

Con esto pareció que habia dado fin nuestro *Buo* á su plática, porque un buen espacio estuvo en silencio.—El *Águila* le preguntó si le habia dado algun desmayo, que por qué no proseguia en sus etimologías, que gustaba de oír, y todavía le faltaba la del *Ganso* y *Sison*; que no se turbase, que nadie en su presencia le haria agravio.

—No piense V. Magd.; dijo el *Buo*, que por ese respeto ni porque falte materia deje de decir de las etimologías del *Ganso castellano* y *Sison manchego*, ni se funda en esto mi silencio, ántes es una generosa cortesia que se debe tener con los huéspedes, de quien no solamente no recibo agravio, sino buen trato y hospedaje, y porque estas dos me le han hecho muy bueno no daré ocasion jamás á que puedan decir con verdad que de mí han recibido mal galardón mientras no me dieren causa. Si esta precediere, perdone y repare todo el mundo á quien tambien sea notorio la etimología de mi nombre.

Y volviéndose á encolerizar, dijo:

—Gallego es lo mismo que *Gallo Ego*, como decir yo soy el gallo; y *Buo* es lo mismo que *espanto*, y por *Buo* canto en medio de las tinieblas cuando todas estais acobardadas, y por *Gallo* canto á todas horas y lo defiando á puñadas. Quien desta

licencia que tomó el *Buo* mostró más sentimiento fué el Pavo andaluz: ora fuese por esto, ó por haber quedado picado en la pasada Junta, del día del divino coronista ó por natural aversion, alzándose en los piés, sin mirarse á ellos, tendió su rueda, y atrojando con espantosos graznidos todo el soto, con feroz semblante se puso en apostura de acometer al *Buo*: bien pensaron las aves de la Junta viendo la aparente arrogancia del *Pavo*, que no sería necesario otro que confundiese al *Buo*, de quien en alguna manera se compadecían algunas dellas, y con piadoso celo le persuadían á que no intentase entrar en junta con el *Pavo*, ántes le escusase, advirtiéndole no le cegase la victoria ganada en la pasada Junta del vasco *Tordo*, que no se compadecía en brio, arrogancia y fuerzas con el poderoso *Pavo* andaluz, hacia en esto mucha instancia el *Gilguero* portugués, el *Mochuelo* asturiano y el *Cuervo* montañés, que estos dos se llegaron á la fama del pleito á la vista dél, sin ser de los comprendidos en la Junta, y como más vecinos del *Buo* y hermanos en armas. Y él sonreándose de lo que estos le decían, cabizbajo comenzó á limpiar las uñas, y estuvo en esto en mucho silencio suspenso otro buen rato de las acciones que hacia arqueando las cejas y arrugando la frente, alzando algunas veces la vista en blanco al claro cielo, respirando mansamente, suspiraba. Juzgó la Junta que el *Buo* recelaba entrar en lid con el *Pavo*, y susurrando unas con otras en secreto, así decían:—Harta impresion hicieron en el *Buo* las dificultades que le pusieron por delante; ya atribuían al *Pavo* la victoria, porque conocían del ser lenguaráz, presto, agudo y desenvuelto en orar.—Nuestro *Buo* atendía con el oído á estas y otras razones y con el entendimiento y su discurso que tanto le había suspendido, y queriendo satisfacerles, y de camino sacalle de duda, volviéndose al *Aguila*, haciendo el acatamiento debido, puso los ojos en el *Pavo*, y paseándole con ellos de arriba abajo con una acción de desprecio, volvió los modestos á la Junta, diciendo:

—Háme pasado por la imaginación que de haberme visto en silencio este rato que hurté al tiempo para considerar las cosas que luego sabreis de las acciones que en él hice habreis entendido, que yo me he acobardado de entrar en justa con el arrogante *Pavo*, y he dilatado entrar en ella vencido del temor, cosa por cierto que jamás cupo en mi corazón, pero por sacaros desahogada, si es que la teneis, quiero de buena gana revelaros el misterio, causa de mi suspensión.

No pienso que ignorais que los *Buos* gallegos infinitas veces nos hemos visto en más rigurosos encuentros con los árabes Pavos andaluces, y tanto el miedo les perdimos que sin ninguno un gran número de *Buos*, se hatrevido á vivir entre ellos esparci-

dos y derramados por toda la Andalucía después de habérsela quitado con el nido de los castillos, villas é lugares, que bien fueron necesarios estos *Buos* para la quietud de la tierra, enseñanza en la fe y sujeción á su Rey, aunque no ha mucho tiempo que se hizo esta trasplantación, todavía con el discurso de años habrá multiplicado y producido muchos hijos, á cuya causa estuve considerando que si por ventura el *Pavo* presente fuese descendiente de alguno de los que digo se han trasplantado en su patria, que me pesaría haberle puesto en extremo que al *Tordo* bizcayno, y si en el discurso deste breve rato me habeis visto alzar los ojos al cielo, fué para suplicarle me alumbrase y diese modo como salir deste engaño, y pienso fué mi oración acepta á Dios, pues me ha dado el modo para salir del que agora vereis. Y volviéndose al *Aguila*, le suplicó que pues había estado atenta á la satisfacción que había dado á la Junta, que para que tuviese fin ántes que entrase el calor, mandase al *Pavo* hiciese la señal de la Cruz y dijese el Credo, que según la destreza que en esto mostrase se echaría de ver si era de los descendientes de su patria si de los naturales andaluces.

—En buen hora, dijo el *Aguila*; y luego mandó al *Pavo* hiciese la señal de la  $\text{✝}$ , que es todo lo que el *Buo* gallego pide en justicia muy clara. Y como si este mandamiento fuera una Paulina del cielo ó otra voz espantosa como la que oyó el gran Saulo, de tal suerte se le deshizo la rueda, que dió en tierra con todas sus bravezas, arrogancia y brio, y de suerte le asombró que sus lucidas y vistosas plumas se volvieron lóbregas y oscuras. Probo hacer la  $\text{✝}$  y de turbado la erró dos ó tres veces: ya empezaba por los hombros, ya por los pechos.

El *Buo* le dijo: no todos la pueden tener ahí; no os turbeis, alentaos á hacerla, que ella misma os esforzará.

Finalmente de muchas veces la hizo, aunque mal formada.

Llegó á decir el Credo: mostró que había muy pocos días que se le habían enseñado, y así lo confesó en presencia de toda la Junta.

Preguntándole el *Aguila* qué causa le había movido á sentirse más que ninguna otra ave de lo que el *Buo* había hecho, supuesto que él, por lo que acababa de confesar, no podía ser competidor con él en el caso presente, dijo:

—Que naturalmente aborrece con justísima causa á cualquier *Buo* gallego y á toda su nación, porque ellos más que otra ninguna con el ayuda de su patron Santiago se les han abatido, y sujetado y quitado el mando y gobierno del Andalucía, y no contentos con esto se quedaron allá entre ellos, señoreándoles; y que este aborrecimiento se le han tenido sus padres y agüelos, y crecía cada día más

en ver que los Buos gallegos de ordinario ocupan en este imperio los más eminentes lugares así en lo espiritual y temporal, y en estos tiempos un Castro en Nápoles, otro en Sicilia, otro en Sevilla, un Zúñiga en Roma, otro en el Nuevo-Mundo, donde dejaban nombre inmortal. Un Sarmiento en Lóndres, otro en Sevilla; sinnúmero de cardenales: otro Castro, un Quiroga, un Fonseca, un Zúñiga, un Moscoso, un Valdés, un Fernández de Tomecen en Córdoba, un Fajardo en Murcia, un Rivero en Alcalá, un Sotomayor en Vejar, otro en el Carpio, un Figueroa en Feria, un Sarmiento en Salinas, sin otro número grande que sería largo contarlos. Un Pita, cuyo blason y escudo de armas adorna la manopla del Rey Francisco de Francia con una cadena atada al cuello del mismo en señal de haberle preso, que si lo que había que referir hiciera, fuera cansar á la Junta presente y que la invidia desto le movía contradecir al *Buo*, y no otra cosa alguna.

Admiróse el *Aguila* y toda la Junta desta concecion; pero nuestro *Buo* no perdiendo aquella ocasion, pidió al *Aguila* mandase al Secretario desta Junta diese un tanto autorizado; y se le mandó dar; y habiéndole recibido volvió á lo comenzado, y desvainando de nuevo las uñas, revestido de la cólera primera se salió fuera algunos pasos, y con despecho á voces, dijo al *Pavo*:

—Aquí te aguardo; y como si fuera un acosado Toro, alzaba tierra del suelo donde asentaba las plantas y centellaba fuego por los ojos. Estuvo aguardando un gran rato al *Pavo*, que á todo esto no alzó los ojos del suelo ni de helado pudo tender su rueda, temblando cual cuartanario; cosa que causó terrible admiracion á toda la Junta, en especial á las aves que en su arrogancia habían librado todas sus esperanzas. Visto que no salía, preguntó el *Buo* que si restaba otra cosa que hacer con el *Pavo*, ó que si otra alguna por él quisiese tomar la pendencia y demanda ó por si misma; y callando todas, el *Buo* lo pidió por testimonio y el *Aguila* se lo mandó dar y reservó así la determinacion deste artículo sobre que se han declarado estas juntas, y en el interin mandó poner silencio al caso.»

Z.\*\*\*

## CARTAS LITERARIAS.

Excmo. Sr. D. Pedro A. de Alarcon.

Granada 15 de Julio de 1876.

Mi estimado amigo: Para distraer, en lo posible, amarguissimos dolores, que acaban de aumentarse con la reciente muerte de mi buena madre, me dediqué hace tiempo á escribir cuanto sentía y pensaba sobre los escritores contemporáneos, en cartas dirigidas á mi respetable y querido amigo el Sr. Fernandez-Guerra, cartas que no pensaba

publicar por aquello de *genus irritabile vatum*.

Cuando usted estuvo en Granada, la última vez, conoció algunos párrafos de estas cartas, y áun me ha dispensado el honor de escribirme acerca de ellas, excitándome á su publicacion.

Desconfiando yo de mí mismo, y no queriendo aumentar mis pesares con disgustos y desazones literarias, persistía más y más en mi pristino propósito, cuando recibí EL ESCÁNDALO, que lei en una sola mañana. Este precioso libro confirmaba las opiniones que asiento al final de la carta en que me atrevo á ocuparme de usted, y así es que me ví tentado, aunque por breves momentos, á publicarla.

Con efecto, si en LA ALPUJARRA se ha entrado usted con su gallardía acostumbrada por el campo de la Historia, en EL ESCÁNDALO acomete y resuelve, bajo el aspecto católico, no pocos problemas de filosofía, en cuya árdua empresa ha salido victorioso. Del desempeño de este libro tampoco hay que hablar siendo de usted, sobrando para su elogio consignar que, constando de 390 páginas, emplea usted 289 en una conversacion de seis horas habida entre un jóven calavera y un anciano, que por contera es (¡pásmese quien esto leyere!) un jesuita, sin que el interes deje de crecer por momentos.

Hoy leo en LA ILUSTRACION ESPAÑOLA Y AMERICANA la carta que ha escrito usted con motivo del suicidio del jóven poeta D. Teodoro Vesteiro, carta tan oportuna, llamada á producir tanto bien en cuantos la lean; y sin poder contenerme, desato el empolvado paquete de mis epistolas literarias, remito á usted la adjunta, y le ruego que me dispense el honor de buscar hospitalidad para ella en cualquier periódico, seguro yo de que no ha de tomar usted á mala parte algunas frases de mi escrito; que el poeta Venussino, al escribir su conocido *genus irritabile vatum*, se ocupaba de escritores paganos, no de los que como usted sienten y piensan al redactar su carta sobre el suicidio.

Queda siempre de usted afectísimo amigo y paisano, seguro servidor,

MANUEL DE GÓNGORA.

Ilmo. Sr. D. Aureliano Fernandez-Guerra y Orbe.

Granada 20 de Diciembre de 1874.

Mi muy querido y respetado amigo: Acabo de recibir su afectuosa carta, en la que, sin darse por entendido de mi largo silencio, más que con afecto de amigo, con entrañas de padre cariñoso, me dice que sabe de mí con ánsia por cuantos amigos han venido y vienen de Granada ó le escriben.

¡Qué quince meses los últimos, desde la muerte de mi pobre hijo, criado con mis mismas aficiones, de mi Fernando muy amado, del que, siendo aún niño, me acompañaba en mis expediciones arqueológicas; de aquel, á quien, por vía de juego y de dulce esparcimiento, había yo comunicado el fruto de mis trabajosos estudios, que él se asimilaba, vivificándolo con la poderosa sávia de la juventud!

Encuéntrome hoy como triste viajero que despues de haber sufrido los horrores de prolongada tormenta, amenazado dias y dias entre peligrosas sirtes y horribles escollos, juguete de embravecidas olas, abre al cabo los ojos en una playa desierta y desconocida, quebrantado el cuerpo y despedazada el alma.

Empeñado en volver á la realidad de la vida, he

procurado consagrar algunas horas á amenas lecturas, haciendo de manera que los primeros libros que vengan á mis manos me arranquen de la pesada tristeza de mis habituales pensamientos. A este fin he leído varias producciones nuevas: entre ellas *El Sombrero de tres picos* y *La Alpujarra*, de nuestro paisano el Sr. D. PEDRO ANTONIO DE ALARCON; *Pepita Jimenez* y *Las Ilusiones del Dr. Faustino*, del Sr. D. JUAN VALERA; los *Discursos leídos en el Ateneo y en la Academia de San Fernando* por el señor MARQUÉS DE MOLINS, y *La Manchega* y la *Crónica de Henrico VIII*, original la primera y publicada é ilustrada la segunda con un prólogo del mismo señor marqués; *La Eneida de Virgilio* (libros I y VI), traduccion en verso de D. FERMIN DE LA PUENTE Y APECECHEA; las *Elegías de Tibulo*, vertidas al castellano por D. NORBERTO PEREZ DEL CAMINO, con un prólogo de D. MANUEL ALONSO MARTINEZ; *Los oradores griegos*, por D. ARCADIO RODA, y otro prólogo de D. ANTONIO CÁNOVAS DEL CASTILLO, y últimamente, *Un soldado español de veinte siglos*, original de D. JOSÉ GOMEZ DE ARTECHE.

Terminada la lectura de estas producciones literarias, voy á dar á usted mi opinion sobre ellas, en varias cartas, volviendo de esta manera á la vida literaria, dentro de mi pequeña esfera.

Acabado de recorrer el prefacio que encabeza el trabajo de Alarcon, ya no hubo medio de soltar el libro de las manos; como que *El Sombrero de tres picos*, con pequeñas variantes, está calcado sobre el romance del Corregidor y la Molinera que tantas veces he oido yo cantar, durante mi niñez, á las gentes del pueblo en mi querida provincia de Almería.

Confieso á usted que leyendo este libro, me trasladé á mis primeros años; que durante una tibia noche de verano, alumbrado por la luz de la luna, atravesaba las frescas ramblas que median entre Almería y mi pueblo, encauzadas por altas montañas cretosas, recortadas por la luz de la casta amante de Endimion; ramblas que festonean el taray y las adelfas cubiertas de rosadas flores, y que el *aparcerero*, mi acompañante, entonaba el romance del Corregidor con voz monótona y acompasada, coreado por las ranas, atentas entre las untuosas olivardas.

Mi imaginacion alcanzó entónces una doble potencia; y sin perder un solo pensamiento del libro, sin dejar de saborear la más insignificante de sus imágenes, me encontré en la tesorería de Granada, donde entraba Alarcon jóven, completamente desconocido en la república de las letras, que leía sus hermosos y redondos versos á Manuel del Palacio, que entónces comenzaba á ensayar el lenguaje de las musas, á Pepe Luque, tan digno de mejor suerte, y á Manuel Moreno Gonzalez, muerto ya en apartada provincia.

Avanzando en la lectura del libro, dí al zafio Repela la personalidad del Cojo Cañas, mozo del Billar de Guadix, á quien, siendo yo estudiante, por unas cuantas monedas de cobre, oí en más de una ocasion contar cuéntos verdes y entonar coplas picanterías con redomada malicia.

El ingenio eminentemente realista del Sr. Alarcon me hizo por fuerza dar nombre á la ciudad donde se desarrolla la sencilla acción de su drama; y al tañer el esquilon el toque de visperas, ví claramente los rojizos cerros que, como las elevadas tiendas de campaña de un ejército sitiador, enfilan á Guadix por el Suroeste, y admiré la alta torre de la catedral del pueblo de San Torcuato y de San

Fandila, de Acci, donde fueron duumvros Druso y Germánico, dorada por el sol de una tarde de otoño, y su *rio intermitente*, y su hermosa vega poblada de altos guindos y de oscuros castaños, y al pitir-rojo saltando entre elevadas cercas de mimbres y de antirrinó azul y de espesos y enredados zarzales, y sentí el frio que obliga á los accitanos á calentarse la cama durante nueve eternos meses, y en vez de *puchero solo*, cené aquella noche boquerones frescos que por acaso habia en la posada de Ochoa.

Antes de continuar describiendo á usted la extraña fascinacion que me hizo sentir la lectura del libro de nuestro paisano, deseo explicar una palabra que, sin querer, se ha escapado á mi pluma.

He dejado escrito con afirmacion redonda que el ingenio del Sr. Alarcon es eminentemente realista, y, ántes de pasar adelante, debo decir á usted la acepcion en que tomo esta palabra, no porque tema que el Sr. Alarcon se resienta, ni mucho ménos, aun aplicándosela en el sentido político.

Nos encontramos en dias de indudable decadencia, ó si se quiere, de postracion artística y literaria; dias favorables á maravilla para que los preceptistas salgan á luz con la espontaneidad de los hongos.

Natural es, pues, que en este tiempo en que se ha perdido casi por completo el sentimiento de lo bello, haya aparecido la Estética, ó sea la ciencia de la belleza, que en breves dias ha recorrido larguísima distancia; que los maestros de esta novísima ciencia, como quien construye los arcos de un puente con sillares previamente numerados, con precision verdaderamente geométrica, han dado reglas para todo, definiendo de manera incontrovertible el realismo y el idealismo en las artes y en las letras.

Aunque poco amigo de los preceptistas, algo se me alcanza de la moderna ciencia, hasta saber de corrido, dicho sea sin inmodestia, lo que significan las palabras realista é idealista; pero yo tengo para mí que los dos verdaderos géneros en letras y en artes son el de lo bueno y el de lo malo; que quien observando y estudiando atentamente á la naturaleza, como obra del Supremo Hacedor, dotado de verdadero genio, sorprenda sus secretos y traslade al lienzo ó al papel ese *quid divinum* que existe en las obras de Dios, ese será pintor ó escritor idealista ó realista, como plazca á los estéticos, pero buen escritor al cabo.

El ingenio andaluz, que, desde que nace, tiene ante sí el espectáculo de una naturaleza exuberante y rica, es exuberante y rico en sus imágenes y en sus pensamientos, que caen desde la pluma al papel, ó desde el papel al lienzo, como las aguas de una soberbia cascada, á la manera que, por punto general, el hijo de las ciudades populosas, acostumbrado al espectáculo de sus interminables calles pobladas de gentes enfiladas é indiferentes y de sus altas casas, que parecen edificadas con el solo propósito de impedir el espectáculo de miserables y áridos campos, está dotado de cuerpo enteco y de entendimiento como escrofuloso.

El Sr. Alarcon, nacido y criado en Guadix, ha meditado sobradas veces á la sombra de los elevadísimos álamos reales que bordean las orillas de los rios accitanos; ha visto trascurrir su soñadora niñez entre las calles de altos zarzales que limitan las hermosas huertas de las vegas patrias, que rodean titánicas montañas, á las que domina como señora la Sierra-Neveda, coronada por los tristísimos

cerros de la Almirez y del Solo y de Muley-Hacen, tradicional tumba del padre de Boabdil; envenenado el ánimo por las contrariedades á que el rigor de la adversa fortuna había reducido á su numerosa cuanto noble familia, destinado desde la niñez al sacerdocio, por el que no siente vocacion, es una fuerza comprimida que estalla, que salta primero á Granada y á Cádiz y á Madrid. Por eso el Sr. Alarcon es un escritor que se inspira en la naturaleza, que copia á la naturaleza con la exacta fidelidad que una máquina fotográfica, si la fotografia tras de trasladar los colores tropezara con el imposible secreto de copiar los movimientos y la vida de la naturaleza. Por eso, á las veces, es Alarcon duro, burlon y cáustico, y por eso, fugitivo de su ciudad natal, se lanza á los partidos extremos, y por eso, trascurridos algunos lustros de grandes agitaciones, siguiendo la ley de la temperatura de la sangre que, adoptada en absoluto haría de la política una simple cuestion termométrica, es hoy un excelente padre de familia, amigo del orden y del público sosiego.

Hé aquí por qué nosotros creemos que el señor Alarcon es un escritor eminentemente realista.

Consignada esta explicacion personalísima mia, como que su único objeto es explicar el por qué tengo la osadía de revolverme contra los que han sometido lo bello bajo las heladas reglas de un geométrico preceptismo, seguiré á usted dando cuenta de las emociones que sentí al devorar, que no leer, el libro de Alarcon.

Conociendo como conozco las márgenes del rio de Guadix, que he visitado más de una vez buscando los rastros del célebre puente de los *Siete varones apostólicos*, mi imaginacion, rápida como el pensamiento, anduvo el camino carretero de la margen derecha, rechazó el primer molino (de Peralta), el segundo conocido con nombre poco poético y la Molineta y el del Salmista, y encontrando más allá el de Pingala, llegó al pueblo de Esfiliana, indudable patria del Sr. Juan Lopez y de Toñuelo, su adlátere, volvióse hácia Guadix, y prescindiendo del *estanque* y del *kiosco de jazmines*, notoria invencion del autor, se detuvo ante el quinto molino, cerca de la ramblilla del Lagar, fin y remate de la jurisdiccion de la ciudad (pág. 84), donde aún me pareció ver sentado, envuelto en su capa negra y el asador entre las flacas piernas, al bien retratado Garduña en espera pacientísima del Corregidor.

¿Pero quién es el enamorado y maltrecho pretendiente de la gigantesca Pomona, de la desenvuelta señá Frasquita?

Sin riesgo de equivocarme, no vacilo en afirmar que el traje con que viste á su Corregidor es la misma, mismísima capa de grana y el sombrero de tres picos (pág. 46) que el autor recuerda haber visto colgados de un clavo, en medio de cierta desmantelada pared, en la ruinoso torre de la casa que habitó Su Señoría, torre destinada á la sazón á los infantiles quejas de sus nietos; el resto del traje de D. Eugenio de Zúñiga (pág. 49) es la vestimenta del abuelo del Sr. Alarcon, que se conservaba en su casa como reliquia y de que él mismo habla en su libro titulado *De Madrid á Nápoles*, donde tambien se guardaba, á no dudarlo, la *pañoleta de blonda amarillenta* que, en su marcado realismo, pone sobre los hombros de la elegante y severa doña Mercedes.

De cierto respetable Corregidor, padre de un querido amigo de Alarcon y del autor de esta desaliñada carta, tomó nuestro D. Pedro Antonio la sola

circunstancia de ser forastero y de haber casado con una señora de Guadix; que la carne y los huesos y los ruines pensamientos de D. Eugenio de Zúñiga deben de ser los de algun rufian y vejete guadixeño, revendedor de la plaza de abastos, gancho de posada, golilla de baja esfera y peores pensamientos, que no de Corregidor accitano.

El retrato de Garduña está tomado del natural, aunque el original perteneciera á esfera más alta que la de simple Alguacil; éste y el Abogado académico son dos verdaderas fotografias, como no puede dudarse que el bondadoso Obispo era el señor Cabello, dignísimo prelado de la iglesia de Acci.

Con estos personajes, con la grave esposa del asendereado Corregidor, y con el Molinero y la Molinera, que, segun sospecha mia, ha trasladado el Sr. Alarcon desde una huerta situada á la derecha y á corta distancia en el camino, y valenciano él, que no murciano, se desenvuelve la accion de *El Sombrero de tres picos*, accion natural y sencilla, sembrada de hermosas descripciones y de inimitables diálogos, llena de verdad, de color local y de vida. Citaremos como ejemplo al autor, sin riesgo de que nos desmienta, el ¡ALLÁ ELLOS! del capítulo IX, que aprendió Alarcon en un fresco patio de Málaga de los labios de cierta *cándida niña* que no contaba entre sus defectos el de una curiosidad excesiva; el episodio de las dos burras, admirable por su oportunidad y su sencillez; el capítulo XX, que eleva el vulgar romance del Corregidor al terreno trágico, y el trabuco, cayendo sobre los piés del Molinero como terrible llamada de venganza.

El Sr. Alarcon ha enriquecido, pues, las letras y la escuela granadina, tan rica de suyo, con un precioso y entretenido libro de amena literatura, oportunísimo en los tristes tiempos que alcanzamos, en los que tanto hemos menester de objetos donde esparcir el ánimo atribulado.

A más altos fines se consagra otro trabajo del señor Alarcon, *La Alpujarra*, que acabo de leer por merced del Autor, que ha tenido la bondad de regalarme su hermoso libro.

Nuestro muy distinguido amigo se ocupa con encomio en *La Alpujarra* de mi humilde personalidad y de mi desgraciado hijo Fernando, y es materia de su trabajo esta noble tierra que tanto amo; razones todas que, reduciéndome al papel de mero apolo-gista de *La Alpujarra*, lo confieso llanamente, casi me decidieron á romper estas cuartillas renunciando al exámen de libro tan importante. Perdóneme, pues, el Sr. Alarcon, si, por salvar mi propia independencia, me fijo en ciertos pormenores al hablar de la última obra que ha dado á la estampa.

En Marzo de 1870 D. Pedro Antonio de Alarcon y un su *compadre*, candidatos ambos por dos distritos de la provincia de Granada, se encontraban en esta capital para visitar á sus electores, con cuyo motivo recorrió los pueblos de la Alpujarra y la Sierra Nevada, realizando uno de los más vivos y ardientes deseos de su niñez.

Pásmense mis lectores: una vez al ménos nuestras tristes luchas políticas han producido algo útil para este pobre país, patria de generales de relumbron, de política cursi y de literatura de pacotilla. Las elecciones de 1870 fueron generadoras del libro del escritor guadixeño.

Un hombre del talento de nuestro paisano no podía recorrer la Alpujarra sin que se representaran en su espíritu las escenas del *Rebelion de los moriscos contra Felipe II*; así es que en el *Suspiro del*

Moro tropieza ya con Boabdil y con su airada madre la noble reina Aixa: entre el Padul y Dúrcal refiere los precedentes del Rebelion; encuentra en Béznar á D. Hernando de Valor, fugitivo de Granada; en Orgiva al terrible Farax-Aben-Farax; y así, teniendo á la mano ó en la memoria al Salustio español, D. Diego Hurtado de Mendoza, al Andante en corte de S. M., Luis del Mármol, y á Ginés Perez de Hita, gran partidario del marqués de los Velez, historiadores los tres de esta guerra, traza en cada paraje la narracion de una cruenta escaramuza, el retrato de un personaje morisco ó cristiano, describe gráficamente los pueblos que recorre ó apunta sus emociones en las abrasadas ramblas, en las cuevas inaccesibles, ante el espectáculo del Mediterraneo, en cuyas contrapuestas orillas se dibujan las costas africanas, y el áspero Atlas ante la Sierra Nevada,

Altura en nieve revestida toda  
Cual Virgen con su túnica de boda,

como en su poema de Esbero y Almedora dice Mauri.

En la descripción de las bellezas de la naturaleza hemos dicho que el Sr. Alarcon, acostumbrado desde la niñez al espectáculo de una naturaleza exuberante y rica en sus galas como en sus arideces sombría, es inimitable; así como al narrar los encuentros y las escenas de sangre del Rebelion no hace más que describir recuerdos de su niñez y de su propio país, donde en todos los pueblos, un barranco se llama el de la Sangre, una cuesta la de la Escaramuza, una hoya la de la Matanza, negros jalones de esa terrible lucha de la Alpujarra que es la guerra y que constituye la historia del reino de Granada, en Granada, en Málaga ó en Almería. ¡Cuán hermosa es, por ejemplo, la descripción de Lanjaron y de sus magníficos alrededores contemplados desde el célebre punto de vista conocido con el antonomástico nombre de *El Viso*, como el antiguo mar Egeo es conocido con el de El Archipiélago, en cuya hermosa vega, tendida en pendiente anfiteatro, se tocan sin confundirse las líneas isotérmicas, el liquen y los sauces herbáceos con la higuera chumba y el plátano! ¡Con cuánta oportunidad hace Alarcon súyas las escenas del drama de Martínez de la Rosa, titulado *Aben-Humeya*, para describir las últimas horas de la vida de Muley-Carime, suegro de D. Hernando de Valor, y con qué grave majestad narra el triste fin de Aben-Humeya, haciendo que el lector olvide á aquellas mujeres que se enlazan al Reyecillo para no acordarse más que de la sencilla grandeza de sus postreras palabras!

El Sr. Alarcon aprovecha la oportunidad de verificar su viaje en la Semana Santa para enlazar en su libro, con las descripciones geográficas y la historia del Rebelion, las escenas incomparables de la Pasión de Nuestro Señor Jesucristo, dando á *La Alpujarra* más grande atractivo. Ya en Orgiva nos había descrito con la dulce sencillez de sus recuerdos de niño la *Procesion del Rosario*, acompañada de campanillas, grandes farolas y estandarles; en Yégen conmemoran la primera estacion; en Valor la segunda; en Nechite la tercera; en Mecina Alfahar la cuarta; en Mairena la quinta; la sexta en Júbar, y la sétima en Laroles, á cuyo pueblo llega en ocasion de contemplar á lo léjos y de describir maravillosamente la procesion del Jueves Santo y la sorprendente iluminacion de Jorairátar durante la noche. En el cortijo de Unqueira suena para el via-

jero la hora de la muerte de Jesus, y allí refiere tambien con vivisimos colores el triste fin de Aben-Humeya y Aben-Abó.

El Sr. Alarcon, al apuntar sus recuerdos del Viernes Santo, suma alegoría de todo su viaje, dibuja un cuadro grandioso, representando á nuestro Salvador espirante entre Dimas y Gestas, que personifica en Aben-Humeya y Aben-Abó: tras del Salvador las cruces que simbolizan á los sacerdotes martirizados por los Monfies; en las agrias laderas de la sierra las victimas de la guerra; en el cercano mar los bajeles atestados de judíos y moriscos hundiéndose, y ancianos, niños, mujeres... todo pasto de las olas: á D. Juan de Austria, los marqueses de Mondéjar y de los Vélez y al duque de Sessa, vuelta la espalda á los hebreos y musulmanes; á Felipe III y los inquisidores, pronunciando palabras de odio; á Isabel la Católica, á Fray Hernando de Talavera y al conde de Tendilla, interviniendo en favor de los moriscos, y á Cisneros y los dos Dezas contestando con odio implacable.

Este cuadro, lo repetimos, es de gran efecto dramático y oportuno á maravilla para cerrar libro tan magnífico como *La Alpujarra*; pero como una cosa son la belleza literaria y los efectos dramáticos, y otra la verdad histórica, vamos á permitirnos algunas consideraciones, aun á riesgo de excitar las iras de los modernos moriscófilos.

Ayudados de judíos y de ibero-romanos, cansados de la tiranía visigótica, y que mudando de amo esperaban mejorar su adversa fortuna, realizaron los árabes la conquista de España, que ganaron en una sola batalla, apoderándose de casi todas las ciudades por medio de conciertos. Estos conciertos fueron casi generalmente respetados, con especialidad en los tiempos de Tarig y Abd-Laní. Pero muy en breve cambió la faz de las cosas: la necesidad de contener á los cristianos fronterizos, la tiranía de Al-Horr, la barbarie de Halaitan ó la política de Azubira ó de Hussam-ben-Diraz, que ansiaban fortalecerse con nuevos colonos africanos, despojando de sus propiedades á los cristianos é imponiéndoles tan odiosos como insoportables tributos; la gran poblacion muladí, obligada á ser mahometana; cualquier palabra, indicio lejano de islamismo, aun en tono de burla ó en estado de embriaguez; cualquier ofensa á Mahoma, no dejaba á los mozárabes otra alternativa que la abjuracion ó la muerte.

El caritativo é ilustre Hixem, el fundador de madrisas, hospitales y mezquitas, dictó una ley mandando que los hijos de los cristianos se educaran en las escuelas públicas del califato y estudiaran en ellas exclusivamente las letras arábicas, ordenando que dejara de hablarse en sus dominios la lengua latina, materna todavía entre los que se honraban con llevar el nombre de Romanos.

Ocupaba el califato de Córdoba ABD-EL RAHMAN II, príncipe entendido en materias de religion, profundísimo en las ciencias naturales, ilustre guerrero y poeta tiernísimo. Su lujo, su grandeza, su deseo de enriquecer á sabios y poetas que de los países más apartados hacia venir á su espléndida corte, lo forzaron á echar mano de gabelas y tributos que naturalmente pesaban sobre los malaventurados mozárabes.

Desesperados los cristianos, engrosaron el partido de los descontentos, y de suceso en suceso fueron martirizados los dos hermanos Adulpho y Juan, y luego el presbítero Perfecto, y el mercader Juan, y el ilustre Isaac, y el noble soldado Sancho, y Sabi-

niano, y Habencio, y Jeremías, y Pedro y Wistremundo, y el Eleplense Walavonso, y Sisenando, y Pablo y Teodomiro.

Entonces, viendo el ilustre califa la inutilidad de su cruel política, renunciando por de pronto á la fuerza de los tormentos, nuevo Juliano, acudió á la fuerza de la corrupcion, comprando entre los cristianos á hombres como Ditegesis, Servando y Recafredo, reuniendo el conciliábulo de Córdoba, en el que se anatematizó á los que daban su vida por la fe.

Empero, áfortunadamente para la causa de la verdad, se encontraba entonces en Córdoba, de vuelta de sus eruditos viajes, el amigo de Ivaro Paulo, Eulogio, que vindicó la calumniada memoria de los mártires, que alentó á las vírgenes Flora y María, que dieron su vida por la fe, como Aurelio y Sabigoto, y Félix y Lilibosa, y Cristóbal, pariente del mismo San Eulogio.

Hé aquí cómo describe el estado de los cristianos bajo el Imperio del sabio, del tolerante Abd-el-Rahman, el ilustre maestro de los mártires de Córdoba:

«Llenáronse los calabozos con multitud de clérigos; quedó la Iglesia viuda del Sagrado Ministerio de los Prelados y Sacerdotes. La triste soledad de los tabernáculos divinos causa horror; las arañas extienden sus telas por el templo; el silencio lo ocupa todo... las piedras del Santuario han sido esparcidas en la entrada de todas las calles, y cesando los himnos de los cánticos sagrados en las juntas, lo interior de la cárcel resuena con el santo murmullo de los salmos. El cantor no entona en público el canto divino; la voz del salmista no resuena en el coro; el lector no predica en el púlpito; el levita no evangeliza en el pueblo; el sacerdote no ofrece incienso en los altares, porque, herido el Pastor, el enemigo lleva la dispersion á la grey católica. La Iglesia está completamente privada de todo sagrado ministerio... Destruyense las fortalezas de los templos... y, oprimiendo los cuellos de los fieles con un yugo gravísimo, se esfuerzan en excluir de los límites de su reino todo linaje de cristianos.»

Aún siguieron los martirios en la Capital del Califato hasta la repentina muerte de Abd-el-Rahman, y aún despues en el imperio de Mohomet en las personas del iliberitano Rogelio, del eunuco Servio-Deo, de Esnila y Jeremías, del accitano Fandila, cuya casa y ermita habrá visto derrivada en Guadix el Sr. Alarcon en nuestros dias de cultura y de progreso, y Anastasio, y Félix, y Digna, y Benilde, y Columbo, y Pomposa, y Amudio, y Amador, y Luis, y Pedro, y Witesindo, y el censor Argimiro, y Helias, y Pablo é Isidoro, y Aura, y Salomon, y Rodrigo, cerrando esta ilustre colonia de mártires el mismo San Eulogio y la noble doncella mahometana Leocricias.

Estos eran los hombres que, dando pruebas de su inquebrantable fe, conservaban vivo entre los cristianos el santo anhelo de la independendencia; ellos, desesperados, los que levantaron bajo Omar-ben-Hafsum el estandarte de la libertad; ellos fueron el alma de las terribles sediciones en las sierras de Jaen, de Málaga y de Almeria; ellos los que constituían el núcleo de las continuas rebeldías de Toledo, de Córdoba y de Zaragoza.

Los mozárabes de Granada instan por socorros al Alfonso I de Aragon, prometiéndole el dominio de la áspera Alpujarra: Alfonso baja como torrente desde el Pirineo hasta las playas de Salobreña:

junta en las cercanías de Granada un ejército de 50.000 hombres mozárabes, y regresa á su país despues de haber puesto el reino de Granada al borde del abismo.

Los Alarbes acudieron al remedio, y con el mayor sigilo y prontitud fueron arrancados de sus hogares todos los cristianos de los pueblos fronterizos, dispersándolos en el interior de los dominios musulmes, es decir, proscritos de su patria bajo la dominacion de nuevos y más implacables verdugos; y con pretextos de sospechosos de haber favorecido á los aragoneses ó de excitar á la libertad y de mover tumulto religioso, fueron á lá postre arrebatados de la Península y deportados á los arenales de Africa. Obligóseles á vender sus bienes ó á desampararlos; no se les dió espera ninguna, y con la angustia é inclemencia del clima, apenas quedó á vida una de aquellas familias tan acosadas de la fortuna.

Así se arrancó de entre los árabes granadinos la raíz de la fe cristiana en el año de 1125.

¿A cuántos historiadores moriscófilos, á cuántos de esos periodistas que lloran lágrimas de sangre y vomitan imprecaciones contra nuestros padres por su bárbara intolerancia, que á cada paso nos hablan de la despoblacion de España y de la tan manoseada pérdida de la industria de la seda, se les ha ocurrido hablar de la conducta de los árabes vencedores contra los pobres cristianos, de los árabes, modelo siempre, segun ellos, de civilizacion, de tolerancia y de cultura? Es que esos pseudo-historiadores quieren olvidar que los sucesos históricos se repiten para enseñanza y castigo de las gentes.

Hé aquí cómo se repite en el pueblo árabe la triste historia del pueblo mozárabe.

Nuestros antepasados redondearon la conquista de su patria, perdida en Guadalete, con la toma de Granada, de cuya ciudad se apoderaron por medio de conciertos en que aseguraron á los vencidos musulmanes la conservacion de su religion, de sus haciendas y de sus vidas. Por espacio de largo tiempo vivieron los vencidos granadinos bajo el amparo de la ley de los conciertos, protegidos por el conde de Tendilla, por D. Fray Hernando de Talavera, por el marqués de Mondéjar, por D. Alonso de Granada Venegas, por la hidalguía española, en una palabra. En Granada vivían dos pueblos distintos, el cristiano y el árabe, cada uno con su religion, con su idioma, con sus trajes, con sus costumbres, con sus magistrados diversos, con sus xelices varios, hasta con sendos pregoneros y verdugos.

Uno de estos dos pueblos profesaba el cristianismo, intransigente por su naturaleza, porque nada hay más intransigente que la verdad con el error; el otro, que practicaba el islamismo, religion de que la historia no presenta ejemplo de que haya podido vivir con otro culto, así en los antiguos como en los modernos tiempos, sin mancharse con horribles escenas de desolacion y de sangre: fuera de España los turcos, entonces prepotentes en el Mediterráneo, y amenazando con sus escuadras á todos los pueblos de la cristiandad: los de Berberia, noticiosos por medio de los vencidos mas no domados moriscos de los pueblos y alquerías desguarnecidas, que amanecían incendiadas y cruelmente degollados sus moradores ó navegando hácia la inhospitalaria Africa, en las bodegas de las fustas berberiscas para sufrir los horrores de la más dura esclavitud.

En vano se ensayan con los desdichados árabes granadinos la dulzura y la persuasión; el mismo D. Fray Hernando de Talavera se ve forzado á publicar catecismos y á regular las costumbres de los moriscos; estos siguen siempre suspirando por su independencia y libertad: en vano se purga al país de los más intratables: en vano se concede una y otra próroga á la ejecucion de las pragmáticas sobre los trajes, la religion y el uso de la lengua árabe: en vano se insiste en esta política de tolerancia desde la reconquista hasta 1568; los moriscos contestan con asesinatos nocturnos en las calles de Granada y con el incendio de los pueblos ribereños, pescan á las atalayas y vigias y á las milicias de la costa: en vano se les vence y casi se les extermina en 1570. Ciento cuarenta años despues son lanzados de España á las playas de la *inhospitalaria Africa*, donde pereció gran parte de aquellos desdichados.

Para apreciar la conducta observada por nuestros mayores con los moriscos, es preciso tener muy en cuenta la conducta observada por los árabes con los infelices mozárabes, y juzgar ambos hechos con un criterio análogo; no ser moriscófilos y prescindir completamente de la suerte de los cristianos bajo el imperio de los árabes, excusando á los unos con la ley de la natural defensa y condenando ú olvidando á los otros en absoluto.

Aunque la manera de proceder de uno y otro pueblo vencedor no fué igual para con el vencido, nosotros, ya que desgraciadamente era imposible que los árabes se confundieran con nuestros mayores en religion, usos y costumbres, queremos establecer para los dos un criterio igual (máximun de concesiones que se puede exigir á nuestra imparcialidad), afirmando que ambos procedieron atendiendo á la suprema ley de la propia defensa: por eso aplaudimos á D. Fray Hernando de Talavera, y al conde de Tendilla, y á D. Alonso de Granada Venegas, y á D. Pedro Deza, y al gran Cardenal Cisneros, y al marqués de Mondejar y á D. Juan de Austria, ejecutores de diversa política en tiempos diversos: por eso, y porque es la causa del vencido tan simpática siempre á todo corazón generoso, participamos de esa filantropía tan en boga en esta noble tierra de Granada, no superficial y fatua, como dice el Sr. Alarcon, en favor de los desdichados moriscos, sin mengua de la necesidad y de la justicia con que procedieron nuestros antepasados: por eso sentimos ver al Sr. Alarcon incurriendo á veces en contradicciones, ora atacando, ora defendiendo al marqués de Mondejar, y á los dos Dezas, y á Felipe II, y al desdichado Reyecillo en quien nosotros veremos siempre al ultrajado veinticuatro; y por eso no quisiéramos hallar á Diego Lopez Abem-Abó maltratado siempre y por último haciendo el papel de Gestas en la escena de la crucifixion. Para juzgar á Abem-Abó es preciso no olvidar la bárbara hazaña de Gaspar Maldonado en Mecina de Bombaron: ¿quién sabe si Diego Lopez, que desde entónces siempre resistió toda transaccion, rechazando riquezas, honores y vida que le ofreció repetidamente el vencedor, hubiera confesado en sus últimos momentos, como Aben-Humeya, que jamás había sido su intencion ser moro, sin la traicion de Cubayas y sin el golpe con que lo aturdió y lo dejó sin habla, un momento ántes de morir, el sobrino del Geniz?

Quien de tan maravillosa manera como el señor Alarcon maneja nuestra rica lengua patria; quien

posee tan abundante tesoro de observacion sobre las cosas y las instituciones; quien tiene tan acabado concepto de la ciencia geográfica como demuestra nuestro paisano en el párrafo 1.º, pág. 55 de *La Alpujarra*, hecho caso omiso de la afirmacion final del mismo; quien acerca de lo pasado y de lo presente hace tan atinadas y redondas y valientes afirmaciones como las que se contienen en las páginas 9, y 10, 128, 161, 179, 234, 472 y 498, no puede hablar de la vulgar calumnia de la quema de libros hecha en Granada por el ilustre fundador de la Universidad Complutense (59), de las injustificadas violaciones del tratado de 1492 (60), de la terrible Pragmática (71), de la intolerancia de Felipe II (181), ni del puñal de Vellido Dolfos al ocuparse del noble marqués de Mondejar (332), de Felipe III, los inquisidores y los dos Dezas (497), ni del noble Salustio español D. Diego Hurtado de Mendoza (283), ni de la expulsion de los moriscos, como en la plática del autor con el cura de Albondon.

*La Alpujarra*, pues, es un magnífico libro que, aparte de estos lunares, de algun descuido bibliográfico y de la triste página 181 y principio de la siguiente, apuntados muy á pesar mio, cayendo en el papel de Zoilo para evitar el de interesado adulador, confirmando al Sr. Alarcon en su merecida fama de escritor de primer orden, lo señala como viajero dotado de firme y seguro paso, que camina por los derroteros del bien, y le impone á la vez rudos deberes, colocando su talento al servicio de la causa, de la justicia y de la verdad.

¡Hermoso porvenir y firmísima vía que recorrerá con paso cada vez más seguro el Sr. Alarcon, en bien de la humanidad y en honra suya y de estas provincias á las que debe la vida y la índole especial de su privilegiado talento, donde descansan los católicos restos de los que le dieron el sér, donde tiene tantos amigos que le aman!

La impresion total que en mi ánimo ha producido la lectura de este bello libro ha sido de profunda tristeza, como todos los trabajos históricos: de un lado se hallan en él la grandeza incomensurable de la Sierra-Nevada con sus desfiladeros y sus barrancos y sus eternas nieves; á la vez el incomparable recuerdo de la muerte de la hija del autor, que partió su alma y quebrantó su salud; el generoso epitafio á la muerte de mi pobre hijo FERNANDO, á quien, franqueando generosa hospitalidad en su libro, ha concedido carta de inmortalidad el señor Alarcon; los amigos del autor que lo albergaron en sus casas durante los breves días que duró su viaje, que duermen ya el sueño de la eternidad, entre ellos el respetable sacerdote de Murtas, el rico propietario de Cadiar y el noble caballero de Laroles; todas estas majestuosas tristezas, mezcladas á la asoladora rebelion con sus sacerdotes mártires, con sus desesperados Monfies, con sus desdichados moriscos degollados, con sus nobles caballeros cristianos insepultos en las ásperas laderas de los barrancos; á Hurtado de Mendoza, á Luis del Mármol, á Ginés Perez de Hita y al dulcísimo poeta del Sacro-Monte D. Baltasar Lirola, hablándonos con sus voces de ultra-tumba, el primero de los poemas trágicos, el drama de la Semana Santa, relatado entre montañas cubiertas de eternas nieves, y al sepulturero de Albuñol, cuya extraña y sarcástica figura cierra el libro de *La Alpujarra*, como la más legítima síntesis y representacion de las humanas miserias.

¿Qué importan ahora al autor de semejante libro  
mis apasionados elogios?

De usted siempre afectísimo amigo seguro ser-  
vidor,

MANUEL DE GÓNGORA.

## BLANCA.

(IMITACION DE UNA BALADA ALEMANA.)

### I.

Por la patria á pelear  
cual bueno Nuño partió;  
¡mucho su Blanca lloró  
desde que le vió marchar!  
Dias y dias pasaron;  
acabó por fin la guerra;  
con laureles, á su tierra,  
los que á ella fueron tornaron.  
Y por do quiera gozosas  
las gentes los aclamaban,  
y gracias á Dios le daban  
las madres y las esposas.  
Blanca por Nuño doquier  
afanosa preguntaba,  
mas nadie razon la daba  
de haberle visto volver.  
Los grupos fué recorriendo  
con demudado semblante,  
sin ver á su caro amante  
ni nuevas de él obteniendo.  
Y ya del todo perdida  
de encontrarle, la esperanza  
estalla con gran pujanza  
la pasion que en su alma anida;  
y en su frenesí exclamaba  
loca de amor:—¡Madre mia,  
aquel por quien yo vivia,  
mi Nuño á quien tanto amaba,  
el que adoro con pasion,  
ha muerto en extraño suelo!  
Piedad no encontré en el cielo,  
ni en Dios hallé compasion.  
¿Por qué Dios es tan cruel?  
¿por qué nos hiera á los dos?  
—Hija, no dudes de Dios,  
tus ruegos vuelve hácia él,  
que con suprema bondad  
te devolverá la calma.  
—No, madre, para mi alma  
nunca habrá tranquilidad;  
que en dolor tan crudo y fuerte  
inútil es cuanto haga,  
y este fuego no le apaga  
sino el frio de la muerte.

¡Cuántos cirios he encendido!  
¡cuánto por Nuño he rezado!  
¿Por qué, por qué me ha negado  
lo que tanto le he pedido?

—No blasfemes, hija mia,  
y eleva á Dios tu oracion;  
fuente es de consolacion  
en la mayor agonía.  
Resignacion es preciso,  
ó tiembla no hallar abiertas,  
cuando él te llame, las puertas  
del celeste paraíso.

### II.

Pero al maternal consejo  
oido no prestó Blanca,  
á la justicia divina  
lanzando quejas amargas;  
sin que de su alma fogosa  
las querellas insensatas  
acallar logre su madre  
con caricias ni con lágrimas.  
Serena llega la noche,  
y las estrellas doradas  
por el ancho firmamento  
con lento paso resbalan.  
La luna vierte sus rayos  
sobre la tierra callada,  
á chozas, peñas y muros  
dando contornos de plata;  
cuando el trote de un caballo  
paró ante el umbral de Blanca,  
y al apearse el jinete,  
rechinar hizo sus armas.  
Negro es el corcel que monta,  
envuelto va en negra capa,  
negras las plumas del casco  
en que el rostro oculto guarda.  
Llega á la puerta, tres golpes  
da con la cruz de la espada,  
y con voz grata y sonora  
deja oir estas palabras:  
—Niña de los ojos negros  
y de la boca de grana,  
que cuando parti á la guerra  
me decia que me amaba,  
¿has cumplido tus promesas  
ú olvidastes tus palabras?  
¿Te encuentro firme y amante,  
ó me eres traidora y falsa?  
Abre tu puerta, mi vida;  
que no es bien que esté cerrada  
para el que de léjos llega  
entre temor y esperanza.—  
Calló el armado, y al punto  
abrióse la puerta, y Blanca

bajo el dintel aparecè  
trémula, llorosa y pálida.  
Ve al guerrero, y en claveles  
tórñase su faz de gualdas,  
y ciñéndole en sus brazos,  
así dice enamorada:

—¿Eres tú, mi bien amado,  
á quien vuelve á ver su amada?  
;Pensando en tí dia y noche  
he vertido muchas lágrimas!  
Entra aquí, que el viento silba,  
y del hogar á la llama  
tú me contarás tus guerras,  
yo te contarè mis ansias.

—Déjale al viento que silbe  
entre la espesa enramada,  
dice el guerrero á la hermosa,  
que le mira embelesada;  
no hagas caso, y ven conmigo,  
que há poco las doce daban,  
y cuando la aurora asome  
nos halle ya en mi morada.

—¿Es muy bella?—Húmeda y sola.

—¿Dónde está?—De aquí cercana.

—¿Cómo es el lecho nupcial?

—Dos banquillos y seis tablas:  
dispuesta la boda está  
y el cortejo nos aguarda;  
vamos, vamos, que es forzoso  
lleguemos ántes del alba.

### III.

Como flecha silbadora  
por el arco despedida,  
en desatentada huida  
lleva á Blanca su amador.  
Tal rasgan la espesa sombra,  
que al verlos se dudaría  
si cascos ó alas movía  
caballo tan corredor.  
De los guijarros arranca  
mil azuladas centellas  
y las pálidas estrellas  
rápidas miran pasar,  
bosques, llanuras y villas  
cual fantástica quimera  
en frenética carrera  
cruzando sin descansar.  
Y repiten las cavernas  
allá en sus cóncavos huecos  
los redoblados y secos  
pasos del negro corcel;  
y el viento silba en las ramas  
de los árboles torcidos  
mezclados con los graznidos  
de los grajós en tropel.

Doblar á muerto parece  
allá débil y lejana  
melancólica campana  
con triste y pausado son;  
y en sus ráfagas el viento  
á intervalos desiguales  
de plegarias funerales  
deja oír una canción.  
La jornada no termina;  
siguen, siguen avanzando  
montes y valles cruzando  
con pasmosa rapidez,  
y Blanca, toda medrosa,  
pálida, fria, espantada,  
á su doncel abrazada,  
se estrecha más cada vez.  
Luégo, en la fuerte armadura  
que el jinete viste airoso  
un extraño y portentoso  
caso se ve sin igual;  
pues como las secas hojas  
que el viento arrastra, una pieza  
tras otra á caer empieza  
llevadas del vendabal.  
Pero no de Nuño el rostro  
tan juvenil y risueño  
ni el cuerpo fuerte y cenceño  
al descubierto quedó;  
era un mohoso esqueleto  
y una monda calavera  
de mueca espantable y fiera  
lo que al cabo apareció.

Contra una antigua y carcomida reja  
el fantástico grupo se lanzó;  
sobre los viejos goznes rechinando  
abrióse ante ellos y cerróse en pos.  
Y en medio de olvidadas sepulturas  
paró el corcel su caminar veloz,  
lanzó un relincho y el inculto suelo  
con la pezuña hiriendo en él se hundió.  
El esqueleto entre sus secos brazos  
estrecha á Blanca con sonrisa atroz;  
ella siente que el alma se la escapa,  
que deja de latir su corazón,  
y oyóse entónces compasado coro  
de espíritus decir con ronca voz:  
—Aunque la pena te destruce el pecho,  
nunca dudes de Dios.

G. CERRAJERÍA.